


CHA BRIL

# LOS HOMBRES ARAÑAS DE TITAN

LOUIS G. MILK

COLECCIÓN

**ESPACIO**

# LOS HOMBRES ARAÑAS DE TITÁN

por

**LOUIS G. MILK**



EDICIONES TORAY, S. A.

**Teodoro Llorente, 13**

**BARCELONA**

**IMPRESO EN ESPAÑA**

**PRINTED IN SPAIN**

GRÁFICAS TRICOLOR – Eduardo Tubau, 12 Barcelona

# ESPACIO

## TITULOS PUBLICADOS

1 El átomo juega su baza

2 El cerebro

3 La invasión de los hielos

4 Terror en el IV Planeta

5 La rebelión de los átomos

6 Dueños del mundo

7 Pánico

8 Dimensión "X"

9 Planetoide 2.012

10 "Ellos"

11 El negro espacio silencioso

12 Motín electrónico

13 Tesoro cósmico

14 Rebeldes de la Galaxia

15 Tiempo dos

16 Objetivo Tierra

17 Los hombres arañas de Titán


Los Hombres arañas de Titán

# CAPÍTULO PRIMERO

Roberto Salinas terminó de desmenuzar aquel pequeño trozo de pan, arrojando las migas al estanque, en cuya superficie se formó una serie de pequeños remolinos cuando los peces comenzaron a disputarse la posesión del suculento manjar. A continuación, y con aire pesimista, sacó un puñado de monedas del bolsillo, mirándolo melancólicamente.

—Y esto es cuanto nos queda de pasados esplendores, O'Hannon — dijo sin mirar a su compañero, cuyo aire de derrota cuadraba muy bien con el de Roberto.

—Cierto. De ser una pareja de Cresos hemos descendido a unos malos imitadores de Diógenes, el mendigo.

—Si, pero sin su barril. Si lo tuviéramos, diríamos que contábamos con techo para dormir — repuso Roberto, y a continuación se dedicó a averiguar el importe de su capital—: Cinco, diez, quince... en total, ochenta y cinco céntimos.

—¡Magnífico! ¡Espléndido! — elogió cumplidamente Paddy O'Hannon —. Tenemos para darnos un cumplido banquete. Un bistec con patatas..., café...

—¡Alto, optimista! ¿Y luego? ¿Ya has pensado qué es lo que será de nosotros una vez hayas agotado este montón de dinero?

O'Hannon se encogió dé hombros, rascándote luego su hirsuta cabellera del color de la zanahoria.

Y dijo:

—¿Estaremos mejor si conservas indefinidamente la calderilla en el bolsillo? No, colega en la riqueza y en la miseria, no. Comamos, y luego digamos como Abraham: Dios proveerá.

Roberto Salinas no pudo por menos de sonreír ante el optimismo de su amigo. Veintiséis años, una espléndida constitución física y mental, cerca de noventa kilos de sólidos huesos y poderosos músculos, sin un adarme de grasa y una estatura casi de gigante, constituían el retrato externo del muchacho, que, sin darse cuenta de ello, era el centro de atracción de las miradas femeninas que cruzaban con frecuencia por aquel soleado trozo del Parque de la Ciudadela, en Barcelona.

En cambio, su compañero, irlandés de pura cepa, un par de años mayor que él, aun no siendo de pequeña estatura, parecía a su lado, por contraste, un enano, a lo que contribuía la anchura de su cuerpo y la largura de sus brazos, constituyendo un notable conjunto, cuya nota más saliente eran los verdosos ojos destacando contra las pecas y la rojiza cabellera, contraste que, si a primera vista podía parecer repulsivo por el aspecto simiesco de O'Hannon, una vez tratado resultaba ser un individuo agradable y en quien confiar plenamente,

—¡Maldita sea, Roberto!... Nuestro primer viaje sideral y nos ha costado la expulsión y la pérdida de nuestras licencias de pilotos del espacio.

—En verdad que hemos tenido mala suerte, Paddy — suspiró Roberto —. Y con los informes que dieron de nosotros, cualquiera nos confía ni un cochecito de niño,

—Me veo con el estómago lleno de telarañas antes de veinticuatro horas ¿Qué solución piensas darle al asunto, Roberto?

—¿Qué harías tú, Paddy? — preguntó éste a &u vez.

El irlandés iba a abrir la boca, pero de repente un papel, arrastrado por la suave brisa matutina, llamó su atención. Se inclinó, tomándolo y tras leer unas líneas con avidez del resto de aquel periódico, lanzó una exclamación de júbilo.

—¡Ya está, Roberto! ¡Ya lo tenemos!

—Ya lo tenemos, ¿el qué?

—El modo de llenar nuestro estómago. Fíjate. Escucha.

Paddy O'Hannon leyó el anuncio-reclamo del Banderín de Enganche:

"...diez pesetas diarias, incrementadas en una más por cada año de servicios, firmándose un mínimo de cinco y un máximo de diez. Primas de quinientas a mil pesetas, según el tiempo que dure el compromiso. Ascensos, recompensas, aventuras, todo esto podréis hallarlo suscribiendo un contrato en la Legión Sideral, ¡Queréis conocer mundos alejados? Alistaos en la Legión Sideral. No se necesita,.."

—¿Qué te parece, Roberto? ¿No crees que este pedazo de periódico ha venido a nosotros como enviado por el cielo?

Roberto miró fijamente a su compañero de infortunio y

desempleo.

—¿Piensas sinceramente en alistarte en la Legión del Espacio, Paddy?

—¿A qué otra cosa pueden aspirar dos pilotos de astronave sin trabajo, y, lo que es peor, sin sus respectivas licencias? ¿Crees que es porvenir para nosotros que cualquier día nos eche el guante cualquier guardia y aterricemos, acusados de vagancia, en la Luna o en Marte, para tirarnos un año trabajando como negros? No. Cien mil veces no, Roberto. Prefiero la legión. Además, allí no te hacen preguntas. No les importa quién eres, ni quién has sido, únicamente les interesa lo que vas a ser, desde el primer momento en que firmes el compromiso. No te preguntarán el nombre: si quieres decir que te llamas Buffalo Bill, te lo aceptarán como bueno y...

—Oye, oye — le interrumpió Roberto, cortando aquel cálido chorro de elogios de la Legión —. ¿Cuándo te pagan por la propaganda? Afortunadamente no te han encargado de redactar los carteles, de lo contrario no habría más que legionarios en lugar de trabajadores.

—Bueno — se sonrojó un tanto O'Hannon—. Es... es... Bien, y ¿a qué esperamos? Si nos alistamos, tendremos dinero. De lo contrario nuestro porvenir es más negro que Plutón.

Roberto se encogió de hombros. Deshecho su porvenir, cortada en flor su prometedora carrera por un estúpido accidente, cualquier cosa le daba igual, y, fin de cuentas, tenía demasiado metido en la sangre el veneno de los viajes por el espacio. Quien lo ha probado una vez, reincide siempre que puede y en sus cortos períodos de descanso en la Tierra está anhelando contemplar de nuevo las estrellas sin la sucia barrera de la atmósfera. Y a Roberto, para satisfacer su anhelo, no le quedaba otro camino que la Legión Sideral. Iría de simple soldado, pero ¿qué importaba aquello? El placer, el infinito gozo que se sentía contemplando la negrura del Universo a través del portillo de una nave espacial, no era comparado con ningún otro de los goces terrenales, y Roberto estaba ansiando de nuevo verse dentro de los reducidos límites de un cohete, volando a velocidades casi luminosas por todos los ámbitos del Sistema Solar. Aquello, más que las ardorosas palabras de su amigo O'Hannon, fue lo que acabó de convencerle.

Una hora más tarde, en la oficina del Banderín de Enganche, el español y el irlandés eran los últimos de una cola de unos quince o veinte desesperados de la vida que no veían otra solución a sus males

que un alistamiento.

—Bien — dijo complacido Paddy—. Ya estamos aquí. Dentro de unos minutos habremos dado el paso más trascendental de nuestra vida, Roberto.

—Sí. Nuestra personalidad quedará esfumada entre los miles de legionarios. Seremos un número más, un nombre, un cuerpo. En lugar de ser unos pilotos espaciales, cuyos servicios debían ser disputados por todo el mundo, ganando sueldos fabulosos, nos convertiremos en algo anónimo y sin personalidad.

—¿Y a mí qué más se me da de la personalidad o del anonimato? Después de la guarrada que nos hicieron y que tú pudiste evitar...

— ¡Cállate! —le cortó Roberto, irritado—. Demasiado bien sabes los motivos, y, además, tú pudiste haber continuado en tu puesto. El expediente instruido iba, en principio, solamente para mí.

—Pero ¿cómo iba a dejar yo en la estacada a un amigo? — sonrió de oreja a oreja el irlandés—. Vamos a ver, ¿qué significado das tú a la palabra amigo? De todas formas, alistándonos en la Legión viajaremos mucho más que lo hubiéramos hecho de conservar el puesto.

—¡Que se cree usted eso!—dijo de repente alguien, y Roberto y Paddy miraron a la vez al individuo que se hallaba delante de ellos, en la fila y que no había dejado de escuchar su conversación, sin que ellos se percataran de tal detalle.

—¿Quién le mete a usted en nuestros asuntos, compadre? —gruñó, malhumorado, Paddy.

—Hombre, está usted diciendo tal cúmulo de tonterías... ¡Viajar! — y escupió despectivo por el colmillo, prosiguiendo—: Procuren que el sargento de su compañía no les mire por encima del hombro, porque entonces les veo en una oficina durante cinco años.

—¿En una oficina? — exclamaron al unísono los dos amigos, con tono que denotaba claramente su incredulidad, mirando a su interlocutor, un hombre ya cuarentón, con algunas cicatrices repartidas generosamente entre el curtido rostro y el velludo pecho, que podía divisarse a través de la abierta camisa. También era fuerte y de ojos duros y enérgicos.

—Sí, amiguitos, sí. ¡Cómo se conoce que son ustedes unos cohetes sin motor!

—¿Cohetes sin motor?

—Sí. Así llamamos a los novatos. Yo voy a reengancharme por cuarta vez. Soy cabo, y como no he estado seis meses fuera de la Legión, no he perdido mis derechos a los galones. — Había una nota de orgullo en la voz del veterano, que concluyó—: ¡Veinte años de servicios! — y luego, mirando a derecha e izquierda, cuchicheó —: Y un par de ellos, de oficina, castigado. ¡Santo Dios, qué horror!

—¿Por qué tanto horror a la burocracia, cabo? — preguntó Roberto, que no comprendía aquella animadversión a los trabajos de oficina,

—En la Legión se considera como un desprestigio hacer de chupatintas. Aparte de que, claro está, no se viaja. Aquí o en Madrid, o en las Bases de Cohetes, pero de salir al espacio, ¡ni hablar! Por eso les digo que procuren estar a bien con sus superiores, si no, antes de que se den cuenta, ya están manejando los controles de una calculadora durante el tiempo del compromiso. ¡Uf! Por nada del mundo iría yo a una oficina. Preferiría viajar por el exterior sin traje a presión — concluyó pintorescamente el cabo, que en aquel momento llegaba a la mesa, tras de la cual había un hombre con el emblema de la Legión Sideral en el pecho de la camisa y debajo los dorados galones de sargento.

—¡Vaya! ¡Pero si tenemos aquí al bueno de López! — murmuró irónico el sargento de filiaciones—. ¿Qué? ¿Y aquella dueña de un bar en Málaga, que andaba perdidita por tus pedazos? ¿Dejó que le gastaras su dinero, o ya había encontrado un marido más *terrestre* que tú? — y el sargento subrayó profundamente la palabra terrestre, ante lo cual López respondió amostazado.

—¿Cree usted que yo he nacido para tener los pies aquí, en este cochino planeta? Ande, déme el contrato. Firmaré por cinco años más. Total, para lo que ve uno aquí... —y sin aguardar a que el sargento metiera el documento en la máquina que iría rellenando automáticamente las preguntas y las respuestas a medida que eran formuladas, tomó una pluma y garrapateó algo ilegible, colocando a continuación los dactilogramas de sus dedos índice y pulgar sin aguardar a que el legionario auxiliar realizara sus funciones, volviéndose a continuación hacia los dos "cohetes sin motor", altamente satisfecho.

—La quinta vèz que hago esta faena. La primera tenía dieciocho años mal cumplidos. ¡Cómo pasa el tiempo!—dijo—. Andad, chicos, que os espero.

—Éstos tendrán que pasar el reconocimiento médico, López. A ti te exceptuamos porque te conocemos, pero a tus amigos no, y no queremos dar un dinero que podemos perder, si luego resultan inútiles.

—¿Inútiles? — protestó O'Hannon—, ¿Inútiles?

¡Ay!...—gritó cuando el pie de Roberto machacó el suyo.

—Sí, sargento. Pasaremos el reconocimiento, como usted indica. ¿Podemos llenar los cuestionarios entre tanto?

—De acuerdo. Vamos a ver... — y el sargento empezó a repetir las preguntas repetidas millares y millares de veces: nombres, profesión, edad, a las que tanto Roberto como Paddy contestaron sin la menor vacilación y sin intentar tampoco ocultar su nombre.

—¿Por qué me has aplastado el pie? — gimió Paddy O'Hannon, cuando ya los dos amigos estaban convertidos en sendos legionarios.

—¿Es que no has oído al cabo López? — le reprochó Salinas—. No tengo ganas de pasarme cinco años escuchando el "tacatá" de una calculadora.

—Tienes razón — se acercó López en aquel momento —. Arrimaos a mí y tendréis buena sombrilla para protegeros de los chubascos. En la Legión soy la mar de conocido y tengo un sinfín de amistades. Y, ahora, me parece que hay vino en abundancia que está diciendo: ¡bebedme! ¡Vamos, yo convido! Cincuenta duros de la media prima de enganche me han convertido en un potentado.

* * *

Todo el mundo, incluyendo los cronistas de sociedad, dijo que Betta St. Albans estaba hermosísima con su traje de novia, pero lo que no dijeron los periodistas encargados de la crónica de la más fastuosa boda que se conociera en Boston — "la boda de la Edad Atómica", escribió alguien, sin exageración—, es que el novio parecía un gorila escapado del Zoo aquella mañana y vestido apresuradamente de chaqué, pantalones a rayas, corbata de plastrón y chistera, y que el mito de la Bella y la Bestia se había hecho realidad, pues tal parecía Betta al lado de Albert McKorrigan, y nadie, ni sus padres mismos llegaron a comprender las razones por las que la hermosísima muchacha, al mes escaso de cumplir los dieciocho años y ser presentada en sociedad, contrajera matrimonio con aquel hombrón de treinta y tantos años, riquísimo, eso sí, pero sin que nadie pudiera saber con exactitud los medios de que MacKorrigan se había valido

para acumular una fortuna que, en el siglo de lo fantástico, era de por sí harto fantástica, a juzgar por el tren de vida que llevaba.

Joseph St. Albans, padre de Betta, no era lo que se dice un pobre de solemnidad, ni muchísimo menos. También la suya contaba entre las grandes fortunas estadounidenses, pero nadie le hubiera podido reprochar la menor sombra en el modo de acumular millones, y no pudiendo evitar el que su hija se casara con el que *in mente* calificaba como un aventurero, hubo de claudicar, diciéndose a sí mismo que por lo menos McKorrigan no buscaba sus millones, sino que, por el contrario, todavía era más rico que él, extremo que había comprobado personalmente, puesto que el señor St. Albans era accionista de varios importantes Bancos, en los cuales el que en aquellos momentos era ya su hijo político, tenía sólidas inversiones.

Fue un acontecimiento la ceremonia y Betta estuvo lo que se dice sencillamente hermosísima. Sin embargo, hubo una cosa que ocultaron los periódicos a ruego del señor St. Albans, a pesar de que éste se hallaba completamente convencido de que antes de veinticuatro horas, todo el mundo, no solamente en Boston, sino en todo el territorio de los Estados Unidos se habría enterado de que Betta era el hazmerreír de la gente.

La cosa ocurrió cuando los novios, cambiados ya de traje, abandonando los de ceremonia por los apropiadas para el viaje de novios por las regiones siderales en donde pensaban pasar su luna de miel, aguardando únicamente el vehículo que los condujera al astropuerto, en tanto que en el palacio de los St. Albans continuaba la fiesta, un criado entró con una tarjeta dirigida a Albert.

En todo el tiempo que Betta conocía a Albert no le había visto nunca cambiar de expresión. Siempre le había conocido como un hombre frío, dominador de sus sentimientos que, salvo los relacionados con ella, jamás se habían dejado traslucir al exterior; más en aquella ocasión el sanguíneo rostro de MacKorrigan se demudó visiblemente, haciendo que la sangre refluyera de sus mejillas, que empalidecieron.

—¿Qué te ocurre, cariño? — dijo ella, mimosamente, apoyándose en el ancho hombro de su marido y tratando de mirar las líneas escritas en la cartulina por encima de éste.

Pero Albert hizo una cosa bien extraña. Estrujó la tarjeta reduciéndola a una bola, al mismo tiempo que, entre dientes, soltaba una maldición que contuvo apenas pronunciada. Quiso corregir su error, y se volvió hacia su esposa, recobrando por momentos su

normal aspecto físico.

—Querida, te ruego me perdones. Es la primera vez que me hacen perder los estribos de tal manera — sonrió.

—¿Algo importante, Albert?

—Pues... — el hombre vacilaba, decidiéndose al fin—: Sí. No. Quiero decir que es una cosa de fácil solución, pero para mí que estoy en el fondo del asunto. No para mí secretario, que es un inútil. En fin — suspiró —, tendré que ir yo mismo.

—¿Ir? ¿Dónde piensas marcharte ahora, Albert? — inquirió ella, extrañadísima —. Recuerda que tenemos casi el tiempo justo para tomar el cohete de las veintiuna doce.

Albert McKorrigan consultó su cronógrafo.

—¡Oh, no te preocupes, cariño! Solamente serán diez minutos. Estaré aquí con tiempo de sobra. No te aflijas por mí. Querrás dispensarme, ¿verdad?

Ella hizo un mohín de resignación.

—No me queda otro remedio, supongo. Mí padre es un hombre de negocios, y, como tal, siempre absorbido por ellos. Ahora me he casado con un financiero y he de cargar con las consecuencias.

McKorrigan se inclinó sobre ella, tomándola con ambas manos por los hombros. Depositó un beso en la suave mejilla que le ofrecía la joven, murmurando:

—Es la primera y única vez que me ocurrirá esto contigo, Betta. Te lo prometo — y así diciendo, salió de la estancia, a la que ya no volvió nunca.

Las horas fueron pasando y poco a poco los invitados dejaron vacío el palacio, que al fin quedó mudo, en tanto que Betta, sentada inmóvil en una butaca, su madre enfrente y su padre paseando como fiera enjaulada, hirviéndole el pecho de cólera, miraba sin ver el áureo reloj que iba desgranando indiferente el tiempo, sin que Albert apareciera por allí ni diera la menor excusa por su desaparición.

Y así como fueron pasando las horas, fueron pasando los días, sin la menor noticia del recién casado, por más indagaciones que, en medio de la mayor discreción realizó no solamente la policía, sino los mejores sabuesos de Pinkerton, pesquisas que no dieron el menor resultado. Los meses se sucedieron a los días, y los años a aquéllos, y

si el día de su boda Betta parecía una chiquilla todavía, ocho años después, al cumplir los veintiséis, era una mujer realmente excepcional, en la plenitud de su belleza, en la cual no habían hecho mella los padecimientos de saberse ni casada ni viuda. Pero, al igual que su padre, tenía una voluntad de hierro y al fin llegó el momento de poner en práctica el plan tan largamente acariciado, cuando desde hacía tres o cuatro años antes, ordenara suspender toda investigación relativa con la desaparición de Albert McKorrigan, convencida de que todo esfuerzo sería ya inútil.

Otra bomba, mucho mayor que aquélla, estalló a los dos días de cumplir la muchacha los veintiséis años, cuando anunció sus propósitos en la mesa.

La cuchara llena de sopa que viajaba hacia la boca del señor St. Albans se quedó, súbitamente, detenida a mitad de su camino, cuando Betta soltó la andanada. Su madre comenzó a gimotear en silencio, en tanto que el padre, con toda calma, devolvía la cuchara al plato y miraba de hito en hito a su hija.

—¿Es firme tu propósito, hija?

Cerró ella los ojos un momento, como para darse ánimos. Al cabo de un rato los abrió, diciendo:

—Lo es, papá. No puedo seguir más en esta situación. Ocho años de ser algo así como el caracol, ni carne ni pescado, ni soltera ni viuda ni casada, me han hecho llegar a tal determinación, que espero aprobéis.

—Podías haberte divorciado...—comenzó a decir la señora St. Albans, pero se calló ante la fría mirada que le dirigió su hija.

—Hubiera sido muy cómodo para mí, mamá, pero al igual que tu marido yo amo las dificultades. Quiero averiguar por mí misma lo que fue de Albert y contrataré una tripulación espléndidamente pagada. Yo mandaré la astronave.

—¿Que tú...? — y esta vez sí que Joseph St. Albans tosió y estornudó con tremendo estrépito.

—Sí, papá. Tengo patente de capitán de navío sideral, para poder viajar con aparatos de hasta mil toneladas, por cualquier lugar del Universo. ¿En qué crees que he invertido todo este tiempo? Tomé la decisión por mí misma, cuando ordenamos a los Pinkerton que dejaran de investigar.

—Hija — comenzó a decir el financiero, pausadamente—. Ni tu madre ni yo queremos interferir tu voluntad y si quieres salir por los espacios en busca de ese sinvergüenza, no nos opondremos. Pero quiero que recapacites sobre el hecho de que si la mejor agencia detectivesca del mundo no ha conseguido dar con él, veo muy difícil que triunfes tú donde ellos fracasaron.

—Esas mismas consideraciones me he hecho yo, papá — sonrió Betta—, pero tu carácter y el mío son idénticos: se crecen ante la adversidad, cuanto mayor es ésta. Si no hubieras sido así, ¿ocuparías actualmente la posición de que disfrutas en el mundo de los negocios?

—Debieras haber estudiado para abogado, Betta. La bandera blanca está izada. Tienes mi cartera abierta — suspiró el señor St. Albans.

—Gracias, papá. Antes de un mes lo tendré todo listo — replicó ella, sin conceder un comentario más al asunto.

# CAPÍTULO II

"Orden de la VIII Bandera:

"El teniente Juan Sartis, al mando del cohete número ESI 15-22, partirá en misión de vigilancia en el espacio comprendido entre los grados 22 y 94. Segundo piloto, sargento Félix Aylmer. Auxiliares de la misión: cabo Lucinio López y legionarios de segunda Roberto Salinas, Paddy O'Hannon, Gastón Despreux y Mario Brandaosinho. Repuestos y pertrechos al máximo reglamentario. Fecha de la partida: día 25 de junio de 2456. Hora, las 0017.

—Firmado: Antonio Vázquez, teniente coronel, comandante-jefe de la VIII Bandera de la Legión Sideral. ¿Qué os parece, chicos? — López separó su mirada de los renglones que acababa de leer, sonriendo complacidamente a los cuatro hombres que habían escuchado impávidamente, en posición de "firmes", la lectura de la orden que se refería a ellos —. Descansad, descansad. Os lo permito.

—¡Uf! ¡Ya era hora que nos sacasen de esta pelmada! — dijo eufórico el irlandés—. Empezaba a creer que iba a echar raíces en la Tierra.

—Está bien, chicos. No podemos perder un segundo. Apenas quedan dos días y el teniente Sartis es muy, muy exigente. No tengo ganas de que, por culpa de vosotros, me larguen algún broncazo y media docena de puntos negativos. ¡Vamos!

Cuarenta y ocho horas más tarde, el ESI 15-22 estaba en órbita libre, acelerando continuamente hasta alcanzar la velocidad de crucero, y cuando los doscientos cincuenta mil kilómetros a la hora fueron conseguidos el teniente Sartis se levantó de su asiento.

—¡Cabo López! —llamó.

—A la orden, señor.

—Establezca los turnos de vigilancia en la cabina de mandos. Tres horas de guardia y nueve de descanso. Así, en tanto no disponga de otra cosa.

—Sí, señor. A la orden, señor — y López se apresuró a llamar a Salinas, que apareció al momento —. Te he nombrado el primer cuarto. Dentro de ciento ochenta minutos te relevará el irlandés, seguirá Despreux y a continuación Brandaosinho, a quien quitarás el

puesto cuando hayan pasado nueve horas. ¿Sabes lo que es un círculo vicioso?

—Sí, señor — contestó serenamente Roberto, disparando —: Las vueltas que daba usted alrededor de María, "La Gorda", para conseguir una cerveza de gorra.

López abrió mucho los ojos, sonriendo con desfachatez a continuación.

—¡Guapa moza!, ¿eh? — y luego se puso repentinamente serio —. A ver si tienes cuidado con el aparato y no lo haces reventar, como... Bueno, ya lo sabes tú mejor que nadie. No hace falta que se te hagan advertencias.

Roberto se sentó en el mullido sillón. Conectado el piloto automático, apenas si tenía que echar de vez en cuando una indiferente mirada a la cinta de celuloide que, desarrollándose ante una pequeña pantallita, iba marcando simultáneamente el rumbo, la velocidad y la distancia recorrida, así como la que les separaba a cada momento del planeta más cercano, cuyo nombre era asimismo indicado. No pudo evitar que su mente volviera a los felices días en que era un piloto, con O'Hannon, recién salido de la Academia, con el galoncito dorado en la bocamanga, debajo de un cohete bordado en oro, que indicaban su tercera categoría. Alcanzar las cuatro barras y los tres cohetes sobre el azul noche del uniforme era su meta. Pero...

Protestó apenas llegado al *S. S. Syphlyngs* en cuanto empezó a meter las narices por los motores y las toberas de escape. Era un anticuado aparato de la era de transición entre el combustible químico y el reactor nuclear, con los blindajes antirradiactivos en mal estado.

—Si no le gusta mi nave, rescinda su contrato y lárguese— gruñó de muy mal humor el capitán Dalhquist—. Verá cómo en seguida se abate sobre mí una plaga de terceros pilotos sin ocupación.

—Los reguladores de zirconio del tubo número dos están ligeramente desviados — siguió terco que terco Roberto, sin hacer el menor caso de los tirones que le daba en la manga el irlandés.

—¡A mí qué me cuenta! Dígaselo al armador. Y déjeme en paz de una vez. Ocupe su puesto o váyase. En ambos casos, salga de mi cabina — el capitán Dalhquist volvió a su interrumpida tarea de terminar de revisar la documentación.

Tascando el freno, Roberto hubo de abandonar la empresa, Tenía razón aquel tipo. ¿Dónde iba a encontrar otro trabajo? A la compañía

armadora le interesaban resultados y nada más. Cobrar buenos fletes. Los riesgos los cubría la Compañía aseguradora, y el negrero del jefe era un fiel admirador de Maquiavelo. "Los medios no importan, sí el fin que se obtiene con aquéllos", y si un cohete desaparecía en el espacio en medio de una silenciosa explosión, no se perdía gran cosa. Esto no era frecuente, pero tampoco extraño. El átomo tiene cosas extrañas, y cuando menos se lo piensa uno, hace una jugarreta de 1a. que no hay forma de enterarse cuál ha sido, porque ya se está convertido en polvillo cósmico. Roberto hubo de resignarse. Había abrazado una carrera y debía apechugar con todos los inconvenientes. El capitán Dalhquist no debía ser precisamente el niño mimado del armador, cuando mandaba el *Syphlyngs*, más viejo que la tos. Los cohetes recién construidos se guardaban para los amigos y compinches del jefazo. En cualquier momento...

A pesar de todos los riesgos, siempre había más solicitantes que empleos. De vez en cuando desaparecía misteriosamente una astronave, pero lo más que solía ocurrir es que los periódicos escandalizaran durante unos cuantos días. Después el olvido más absoluto y vuelta a empezar. Y así ocurrió algo, a treinta y cinco millones de distancia de Marte, en el momento en que el capitán decidió abandonar la marcha por inercia, para hacer un pequeño viraje con objeto de coincidir con la órbita del planeta de destino. Roberto estaba de guardia, en la cabina de mando. O'Hannon en la de control de energía.

Tan anticuada era la nave que la regulación se hacía a mano, con una válvula de seguridad y un mecanismo de multiplicación. El capitán se hallaba entonces al lado de Roberto y tronó, llamando a O'Hannon:

— ¡Varillas de control, posición 2-5-0!

—Posición 2-5-0 — replicó O'Hannon.

—Salinas, conecte el tubo lateral número uno.

—Tubo lateral número uno conectado, señor.

—Bien. O'Hannon, necesito veinte toneladas de presión al tubo lateral número uno.

—¡Capitán! Eso es imposible—protestó el irlandés—. En este cascajo es buscar la muerte. No resistirá el tubo la presión. Con quince habrá más que suficiente.

—¡Déle veinte, irlandés de todos los demonios!

—¡No quiero reventar, capitán! También los reguladores de ese tubo están desviados. ¿Por qué no los hizo reparar antes de su salida, de la Tierra?

—¡Eso es de mi incumbencia! —aulló Dalhquist, comenzando a perder los estribos—. Obedezca o...

—Perdone, capitán — terció, conciliador, Roberto —. Creo que el teniente O'Hannon tiene razón. Se perderán apenas una docena de minutos virando a quince mil kilos de presión...

—¡Cállese la boca! ¿Cree que no le conozco, Salinas? ¡Uña y carne con ese maldito irlandés! ¡O'Hannon! — a través de la pantalla que comunicaba el cuarto de derrota con la sala de energía, pudo verse el rostro contraído del pelirrojo.

—Diga, señor — masculló.

— ¡Veinte toneladas de presión!

—No, señor — y el tono de Paddy era firme como un bloque de acero al vanadio, lo que aprobó íntimamente Roberto.

—Está bien. Iré yo mismo. Considérese relevado a partir del momento en que penetre en la sala de energía — palabras que hicieron erguirse a Roberto.

—Capitán, con el debido respeto le ruego que me releve a mí también. Considero la orden injusta y...

Dalhquist ya estaba en la puerta y se volvió con el rostro como una sandía.

—¿Motín! ¡Motín a bordo!, ¿eh? Ya les daré a ustedes dos, rebeldes, indisciplinados... — y concluyó con una espantosa retahíla de maldiciones que se fueron apagando a medida que se alejaba.

Echó poco menos que a patadas al irlandés, que se encogió de hombros, no queriéndose complicar más la situación, pero cuando el capitán, furioso, perdido el dominio de sí mismo, largó toda la presión, la válvula de seguridad se puso roja.

Roberto, que presenciaba toda la escena por la pantalla, debió reconocer que el capitán Dalhquist era un superviviente de la antigua escuela de los aviadores a chorro. Éstos no piensan: obran, y el patrón se lanzó hacia el armario de las herramientas, tomando una llave inglesa. Conocía toda la nave como los bolsillos de sus pantalones, y la sala de energía no era ninguna excepción.

Las luces se habían apagado, pero Dalhquist, quizá comprendiendo que había caído en su propia trampa, continuaba trabajando. Se dio cuenta de que si no lo hacían así, volarían todos desintegrados. En el momento en que se hizo la oscuridad, había dirigido una rápida mirada por encima del colector de plomo aislante.

Pero el azulado resplandor de la radiactividad no le sirvió para nada, por lo que tuvo que continuar trabajando al tacto, hasta que dio con lo que deseaba. Entonces gritó:

—Tubo lateral número uno fuera de presión. Pero, por el amor de Dios, ¡tráiganme un poco de luz...!

La imprecación de Dalhquist resultó altamente patética, porque lo último que haban visto sus ojos fue el color azul radiactivo, que fue lo que destruyó su nervio óptico. Estaba ciego y no lo sabía.

Naturalmente, todos los cargos fueron a parar a la cabeza de los dos amigos. De haber reconocido el capitán Dalhquist su culpa, hubiera perdido la pensión de invalidez total, y el irlandés quería que la verdad resplandeciera por encima de todo en el expediente que les instruyó la Compañía armadora, respaldada por media docena de lumbreras del foro.

—Si continúa esto un par de días más, me convencen que fui yo el que mordió los tubos, desviándolos — comentó amargamente O'Hannon, cuando les entregaron el cese—. Pero debiste atacar al capitán, Roberto. Él tuvo la culpa de todo.

El rostro del español era una nube sombría.

—Quizá. Pero, aun habiendo perdido, no solamente el empleo, sino la posibilidad de encontrar otro del mismo estilo, no envidio la suerte del capitán Dalhquist.

—Si — murmuró filosóficamente el irlandés —. Parece como un justo castigo del cielo.

Roberto pensó que Dalhquist, al fin y al cabo, no tenía tanta culpa, a sus ojos, como lo parecía. Era el armador, el chupóptero, el pulpo, el que, intimidando desde millones de kilómetros de distancia con la amenaza constante del desempleo, había forzado a Dalhquist a hacer lo que había hecho. Había doblado ya el cabo del medio siglo y apenas le faltaban cinco años para retirarse. Debían comprender todo y ponerse en el pellejo del infeliz. O'Hannon no lo supo, pero el noventa por ciento de los sueldos atrasados de Roberto fueron a parar al bolsillo de su ex capitán, quien tampoco se enteró de quién se

acordaba de él en los momentos de la desgracia.

Sumido en estos recuerdos, Roberto ni se dio cuenta de que alguien entraba en el cuarto de derrota, hasta que Paddy le sacudió fuertemente los hombros, y solamente entonces pareció despertar de su sueño.

—Bueno, muchacho, a descansar, que bien te lo has ganado —dijo el irlandés.

* * *

Rugieron los escapes de la astronave cuando rojos chorros de llamas comenzaron a incendiar el suelo, levantándola del mismo, lentamente durante los primeros segundos, con velocidad uniformemente creciente cada vez, hasta que el profundo trueno se convirtió en agudísimo silbido que se perdió rápidamente, apenas el cohete se había esfumado en la altura.

Betta St. Albans recobró prontamente el conocimiento. Antes que ninguno de los hombres de su tripulación, pero no tanto por sus fuerzas físicas como por la energía moral, indomable, que la animaba. Soltándose las correas se levantó de la litera, encaminándose a la cabina de mandos, ante la que se sentó, examinando con todo cuidado sus instrumentos de mandos.

Medio minuto más tarde, se reunía con ella su segundo, el capitán Follingher, que en aquella ocasión había aceptado un cargo inferior en un grado a su categoría real.

Algún amigo se lo había reprochado, pero él se había encogido de hombros con indiferencia, limitándose a contestar:

—Estoy sin trabajo. Me ofrecen doble sueldo que en cualquiera de las otras compañías, con la seguridad, aceptada por escrito, de que a mi viuda, caso de accidente, no la faltará nada durante el resto de su vida. Y en cuanto a mi, una vez haya regresado de este periplo, tendré un puesto fijo, de capitán naturalmente, en la "Interstar". ¿Qué más puedo pedir? ¿Qué me importa a mí ir de segundo con una niña caprichosa que tiene la intención de jugar a comandante de astronave, solamente porque su padre es un burro cargado de dinero?

Si Betta hubiera escuchado la irrespetuosa opinión que Follingher tenía acerca de su padre, lo hubiera despedido *ipso facto*, pero como no ocurrió así, en aquellos momentos, la "niña caprichosa" decía a su segundo:

—Señor Follingher, tenga la bondad de reunir a la tripulación aquí, en la sala de mandos.

—Sí, señorita St. Albans.

—Nada de señorita Si. Albans, cuando esté hablando conmigo. "Capitán" es el título que, tanto usted como sus hombres, deberán darme en todo momento. No lo olvide, señor Follingher.

—Sí, señ... Sí, capitán.

Y el segundo se retiró por el foro, con el rostro violentamente enrojecido por la repulsa, para volver al cabo de unos minutos con el resto de la dotación, una docena de hombres en total, que se alinearon en semicírculo, respetuosamente, delante de su "capitán", quien los miró muy seriamente, con los brazos cruzados por encima del pecho.

—No sé si el segundo de a bordo, el señor Follingher, les habrá dicho ya que el tratamiento que en todo momento deberán darme es el de capitán. Quiero advertirles que deberán recordar eso constantemente, no sólo por el hecho de que soy la dueña y propietaria de la astronave, sino porque tengo expedido dicho título por las autoridades competentes. Esto en primer lugar. En segundo, deberé decirles los motivos que me han impulsado a equipar esta nave. Voy en busca de mi marido. El día en que nos casamos desapareció y desde entonces no he vuelto a verle. Quiero encontrarle o cerciorarme de su muerte, para saber definitivamente a qué atenerme sobre mi estado civil. Deberán también tener en cuenta que sé defenderme. No digo ninguna perogrullada al afirmar que soy bonita. No lo puedo negar, pero no admitiré la menor insinuación a este respecto. Ténganlo bien presente. Al primero que haga algo en tal sentido lo encerraré entregándolo a la primera patrulla sideral con que nos encontremos. Tienen ustedes una paga cómo jamás hubieran podido soñar percibir. Por otra parte, el aparato es nuevo, flamante, dotado de todos los adelantos, por lo que es casi seguro que no ocurra ningún accidente debido a defectos técnicos.

Los hombres parecieron quedar impresionados ante el pequeño discurso que les había largado la capitán-propietario. Betta miró a sus hombres y vio alguna catadura que la hizo estremecerse interiormente, pero se consoló a sí misma diciéndose que no había podido ser muy escrupulosa. Si bien era cierto que había sobra de parados siderales, también era verídico que solamente las buenas personas eran los que conservaban sus empleos y por ello había debido cerrar sus ojos al aceptar sus tripulantes. Allí estaban Fernández, el mejicano aficionado todavía al uso del cuchillo, en cuyo

lanzamiento era maestro; Phócidas Trepanioulos, el griego de mirada torva; Murdock McLaughlin, el escocés impasible; cuatro o cinco americanos de estrepitosa conducta y que, sin embargo, se encontraban completamente cohibidos en aquel momento; Morelli, el untuoso italiano; Ballotton, el flemático suizo, cerrando la lista el fantasioso Darras, como buen francés.

—Señor Follingher, distribuya usted las guardias. Ponga el aparato en régimen de crucero reforzado y, de no ocurrir ninguna otra novedad no me llamen hasta que estemos a punto de cruzar la barrera de asteroides.

—¿No paramos en Marte, capitán? — inquirió, con tono incrédulo, Follingher.

—No. Nuestra primera parada será Saturno. O su anillo, que eso lo decidiré en el momento oportuno — y, dichas estas palabras, Betta, con una leve inclinación de cabeza, comenzó a andar, dejando tras sí un murmurador coro de estupefactos tripulantes.

—Pues sí que se trae presión en los tubos la chica— gruñó Trials, americano hasta la medula.

—El "capitán", no lo olvides — le replicó el griego zumbonamente.

—El que te da de comer—continuó Darras, con ironía.

—Y para rematar, el que puede tenerte encerrado una buena temporada — comentó Morelli—. Artículo sexto, cláusula diecinueve del contrato — palabras que no dejaron de provocar una serie de risas entre los tripulantes, aliviando la tensión del momento, lo que cortó en seco el segundo de a bordo, velando por la disciplina.

— ¡Basta ya de chacota! Trials, tú harás la primera guardia. A continuación Trepanioulos. Luego decidiré la forma en que ha de seguir el turno.

Que Follingher era un veterano de los espacios, un piloto hecho y derecho quedó demostrado en el inmediato silencio y postura de respeto que adoptaron sus hombres, apenas oídas sus palabras. El americano, encendiendo displicentemente un cigarrillo, en tanto que los demás se marchaban charlando indiferentemente, se sentó ante la mesa de instrumentos, manipulando botones hasta que la aguja del velocímetro indicó casi 400 La astronave podía alcanzar los 500, pero hubiera sido forzar el régimen y de no ocurrir nada imperioso que lo motivara sin remedio, no había causas que lo aconsejaran. Y las horas

y los días comenzaron a pasar lentamente.

## CAPÍTULO III

Chirrió el timbre de alarma estrepitosamente cuando Roberto, de guardia en el puesto de pilotaje, oprimió el botón correspondiente, y sus frenéticos ecos llenaron todo el interior de la astronave.

A medio vestir todavía llegó el teniente Sartis, quien, en tanto disparaba sus preguntas, echaba un vistazo a los instrumentos por encima de los hombros de Roberto.

—¿Qué pasa? ¿Qué tripa se le ha roto a usted, Salinas?

—A mí ninguna, señor. Si acaso a los tripulantes de ese aparato que han lanzado la llamada sideral de socorro. Por eso me he permitido tocar el timbre de alarma.

El resto de la tripulación llegaba en aquel momento. Sartis miró el cuadro y preguntó nuevamente:

—¿A qué distancia heliocéntrica se hallaba esa nave cuando pidió socorro?

—A cuatrocientos cincuenta, señor.

—¡Hum! — monologó el teniente—. Debe hallarse ya en pleno cinturón de asteroides. Llame de nuevo a ver si responde.

Durante unos minutos Roberto se esforzó en ponerse en contacto con aquellos hombres que habían sido objeto de algún siniestro, hasta que al fin logró que la voz de uno de ellos resonara con patéticos acentos:

—¡Patrulla! ¡Por favor, nos atacan!... ¡Socórrannos...!

El teniente se inclinó sobre el micròfono.

—Díganos su nombre. Dénos también la situación.

—Nuestro aparato es el *S. S. Kettling*. Nacionalidad americana. Nos encontramos… —pero la comunicación se cortó bruscamente, con ruido de vidrios rotos.

El teniente masculló unas palabras muy feas, ordenando a continuación:

—Salinas, déle toda la marcha al aparato. Póngalo a seiscientas de velocidad.

— ¡Pero, señor, es el máximo tolerable! —protestó asustado Roberto.

La aguja llegaría al límite y en cualquier momento podía estallar el reactor que impulsaba la astronave, convirtiéndolos en polvillo impalpable, sin que tuvieran tiempo de enterarse siquiera de lo que les había ocurrido.

—¡Haga lo que le digo o lo mando relevar y lo encierro hasta nuestro regreso a la Tierra! — gruñó ásperamente el teniente—. Si reventamos o no, eso es de mi absoluta incumbencia y solamente yo soy quien responde de lo que ocurra.

La lección que recibiera Roberto cuando el lío que tuvo con el capitán Dalhquist le habla hecho ser más cauto, de modo que con un encogimiento de hombros, fue empujando poco a poco la palanca de velocidad, mirando fijamente la aguja indicadora que, con breves oscilaciones, iba recorriendo todo el largo de la esfera. Sus ojos contemplaron también el marcador automático de posición, que les daba la correcta en cualquier momento, de acuerdo con el camino recorrido y se dio cuenta de que se aproximaban rápidamente al cinturón de asteroides.

Pero cuando tres horas más tarde llegaron al lugar en que debían haberse encontrado con la nave atacada, no hallaron nada, absolutamente nada. Las ondas de radar barrieron todo el espacio circundante, sin señalar en Ja pantalla otra cosa que indicios de distantes planetoides, tan distantes que no constituían, de momento, el menor peligro para su navegación. Y el teniente Sartis se dio a todos los demonios, jurando pintorescamente en media docena de idiomas, para que le entendieran todos los miembros de su patrulla.

* * *

El segundo Follingher se inclinó sobre los instrumentos, al

cuidado de los cuales se hallaba Fernández, y suspiró satisfecho:

—Menos mal que ya estamos llegando. —Sí, teniente. Ahora descansará usted — susurró zumbonamente el mejicano.

Follingher le contestó con un bufido: —¡Qué te importa a ti eso! Ocúpate del radar, no sea que nos metamos de narices contra un planetoide. Si ocurre eso, juro que he de arrancarte las orejas, una por una.

—¿Cuántas se cree que tengo, teniente? — sonrió ampliamente el mejicano.

Pero Follingher ya no le oía. Caminaba por el corredor, de espaldas a la sala de conducción, y al llegar al camarote de Betta, en el que, voluntariamente se había encerrado durante toda la travesía, sin apenas salir más que para echar un indiferente vistazo a los instrumentos, volviéndose luego a su torre de marfil, sin cruzar palabra con nadie.

Follingher alzó el cerrado puño para llamar suavemente en la puerta, pero se quedó inmóvil, petrificado en dicha postura. Acababa de notar algo duro en el costado, algo frío por encima del liviano tejido de la camisa que llevaba, al mismo tiempo que una voz le insinuaba:

—Deje caer la mano y será lo último que haga en su vida, teniente. Yo le aconsejaría levantar la otra para hacer juego. No está bien con una sola mano rascando el techo.

Follingher inspiró profundamente, al tiempo que obedecía. Volviéndose ligeramente, de tal forma que tuvo que mirar de reojo, apreció que el que lo encañonaba con una pistola de descomunal cañón, no era otro que el sinuoso Moretti, cuyos finos labios se contraían en una sonrisa de placer.

—¿Motín, eh? — exclamó el segundo.

El otro se encogió de hombros.

—Llámelo como quiera. Nos tienen sin cuidado los calificativos, teniente.

—¿"Nos"? ¿Cuántos y quiénes sois? — inquirió Follingher.

—-¿Qué le importa? Ea, apártese a un lado. Yo soy quien va a llamar y usted quien responderá de acuerdo con mis indicaciones. ¡Vamos, échese a un lado! — y la pistola se hundió significativamente

en los riñones del sorprendido, que vaciló primeramente mirando con intenso odio al italiano, para dar a continuación un paso lateral, crispando los puños con rabia, enrojeciéndosele el rostro a causa de la ira que sentía, tanto contra sí mismo por haberse dejado sorprender de una manera que él mismo calificaba de estúpida, como por la rebelión que se había organizado y de la cual no podía salir nada bueno para nadie.

Dos golpecitos suaves dio Moretti en el mamparo, y apenas habían sonado cuando se dejó escuchar la clara voz de Betta:

—¿Quién es?

El italiano hizo un gesto con la cabeza, imperativamente, y el segundo, tragando saliva, replicó:

—Follingher, capitán.

—Está bien. Ahora mismo salgo.

Medio minuto después, la muchacha se asomaba a la puerta, lanzando un "¡Oh!" en el cual condensaba todo su asombro por la inesperada acción de uno de sus tripulantes.

Pero más motivos tuvo de asombrarse, y hasta de chillar, cuándo, de repente, algo plateado cruzó velozmente el aire, siseando siniestramente, yendo a enterrarse hasta el mango en el pecho del italiano, que, lanzando un agónico gemido, se cogió a la empuñadura del cuchillo, buscando en vano un asidero, como si quisiera impedir de aquella forma que le huyera la vida, soltando la pistola, que retumbó al chocar con el suelo.

Dio uno o dos pasos, girándole horriblemente los ojos en las órbitas y al fin, abriendo los brazos cayó hacia adelante, moviéndose unos segundos convulsivamente, hasta que se quedó quieto, espantosamente quieto.

Betta chilló horrorizada, sin poder evitarlo, en tanto que el segundo, dejándose de consideraciones se inclinaba y tomaba la pistola del caído, dispuesto a repeler cualquier agresión.

Fernández cruzó el espacio, enseñando sus blanquísimos dientes al sonreír.

—¡No podía consentir!... ¡Cuidado!

Mugiendo como un toro herido, el corpulento Ballotton, el suizo, se lanzó, fiándolo todo a la fuerza física, sobre los dos hombres,

derribando al primer golpe al segundo, haciéndolo planear, a consecuencia del puñetazo que le atizó, media docena de metros, tras de lo cual el irascible Follingher perdió todo interés por la sublevación de sus tripulantes. Pero Fernández no solamente era un hábil lanzador de cuchillos, sino que también conocía todos los trucos de la lucha, así es que, desprovisto de su arma, todavía enterrada en el cuerpo del italiano, cuya sangre se iba extendiendo lentamente por el suelo, afirmó las piernas, abriéndolas y se preparó para recibir dignamente a aquella mole humana que se le venia encima.

Volteaban los brazos del suizo, dejando ver las mangas subidas de la camisa sus poderosos músculos, como si fueran las aspas de un molino, tratando de alcanzar con un solo golpe al mejicano, para poner fin a la lucha, pero éste evitó hábilmente el puño cerrado que parecía un saco de patatas y que pasó a cortísima distancia de su oreja izquierda, al mismo tiempo que su brazo derecho avanzaba fulminantemente, al unísono con su hombro izquierdo, en dirección al suyo.

La mano do Fernández hizo férrea presa en la muñeca de Ballotton. Sin la menor compasión, la retorció cruelmente, al mismo tiempo que los ciento veinte kilos de carne suiza eran separados del suelo de la astronave y volteados por detrás, sobre las espaldas de su antagonista.

Pero la mano de éste no había soltado su presa, con lo que un espeluznante crujido de huesos pudo escucharse con toda claridad, al mismo tiempo que un alarido agónico cruzaba los aires, y a continuación, el cuerpo del amotinado, con estruendoso choque, impactó contra el suelo.

Ballotton podría tener muchos defectos, pero entre ellos no contaba ciertamente el de la cobardía por le que, sin preocuparse de su brazo lesionado que le colgaba flàccidamente del hombro, mordiéndose los labios para no gritar más a causa del vivísimo dolor que sentía, cargó de nuovo contra Fernández, dispuesto a emplear su puño izquierdo, ansioso de terminar la pelea de una vez, si conseguía conectar uno de sus demoledores golpes.

Mas el mejicano no sentía el menor deseo de probarlos. Saltando hacia atrás, quiso apoderarse de la pistola de Moretti, pero tropezó con los pies del inconsciente Follingher, cayendo derribado de espaldas, lo que hizo prorrumpir en un aullido de júbilo a Ballotton, que se lanzó hacia adelante, con él evidente propósito de aplastar con sus botazas a su enemigo.

No tuvo tiempo de conseguir sus intenciones, sin embargo. Fernández, escurriéndose como una anguila, esquivó fácilmente aquellos terroríficos pies, y se levantó, pero ya tenía el pistolón en la mano dispuesto para hacerlo funcionar,

En tanto que se ponía en pie, su pulgar derecho buscaba, y lo halló, el botón que convertía el tiro automático en ametrallador, y apenas hecho esto, oprimió el gatillo.

Un chorro de llamas salió del arma, junto con un trueno prolongado, parecido al gemido de un gigantesco violón y en el amplio tórax del suizo aparecieron una serie de orificios, de los que empezó a brotar al instante, con toda generosidad, la sangre, que también le salió por la boca, al mismo tiempo que, sin exhalar un solo grito, se vencía hacia adelante, cayendo cruzado sobre el cuerpo de su compinche.

Toda la escena, desde la aparición de Fernández lanzando el cuchillo contra el italiano, hasta la muerte del suizo, pasando por el estacazo que recibiera Follingher, había pasado en contados momentos, de tal modo increíblemente rápidos que Betta no tuvo tiempo más que de ser una simple espectadora, conteniéndose para no lanzar alaridos de espanto, lo cual demostraban con toda claridad la palidez de sus facciones y la desmesurada abertura de sus párpados.

—¡Vamos, no se entretenga, capitán!—masculló Fernández—. Vayámonos a la cabina de mando. Es el lugar más seguro.

Pero antes de hacer lo que él mismo acababa de decir, se inclinó sobre el cadáver de Moretti, después de apartar con el pie a un lado, sin la menor contemplación, la mole inerte de Ballotton, y, haciendo estremecerse a Betta de espanto, sacó el cuchillo de la herida, limpiándolo en la camisa del muerto, metiéndoselo después entre el pantalón y la suya, sonriendo de nuevo.

—Dos rebeldes menos — dijo plácidamente.

—¿Rebeldes? — inquirió Betta, todavía sin comprender.

Fernández gruñó, agobiado por el peso del segundo:

—Sí, rebeldes. ¿Es que no se ha dado cuenta de lo que ocurre?

Como si los tiros fueran una confirmación de sus palabras, apenas pronunciadas, media docena de disparos se oyeron hacia los compartimentos de popa, en la parte de la sala de energía. Una serie de gritos se confundieron con las detonaciones, y cuando éstas

cesaron, todo volvió al silencio más absoluto. Betta y Fernández continuaron su camino.

Con el pie cerró el mejicano la puerta, dejando al segundo en el suelo, al mismo tiempo que comentaba:

—Si había algún tripulante leal a usted, *señorita*, ya puede rezar una oración por su alma. A estas horas solamente quedan vivos los amotinados.

—Pero ¿por qué? — volvió ella a preguntar, asombradísima —. ¿Qué les ha podido ocurrir para sublevarse de tal manera? ¿Es que no conocen las leyes?

—Sí — contestó indiferentemente el mejicano, comprobando la carga de la pistola y soltando, *sotto voce*, una retahíla de tacos, al comprobar que no tenía siquiera una bala para cada uno de los rebeldes —. Conocen las leyes. Saben que si fracasan les espera una soga al final de su aventura, pero hay algo que les impulsa a ello, sin importarles los muertos que pueda haber.

—¿Qué mòtivog son, Fernández?

Se echó a reír el mejicano, en tanto sacudía el caído cuerpo de Follingher para hacerlo reaccionar.

—¿Qué motivos, capitán?

Betta se puso colorada hasta la raíz de su cabello y apenas tuvo fuerzas para musitar:

—¿Acaso... acaso... yo...?

Se sintió indefensa y, hasta cierto punto, íntimamente humillada al escuchar la desdeñosa respuesta de Fernández:

—¡Oh, no! Nada de eso. Dinero, ¿*sabe*? Alguien les ha prometido...

Pero el mejicano no pudo precisar quién ni qué les habían prometido a los amotinados, porque una voz restalló a través del intercomunicador:

—¡Entréguese, capitán! Le prometemos que no le va a ocurrir nada. Solamente queremos su aparato y estamos dispuestos a todo.

Betta miró angustiada a Fernández, y luego a Follingher, que ya empezaba a recuperarse, sin saber qué hacer. Fue el primero quien

tomó la Iniciativa.

—¿Por qué no venís por nosotros? Sois ocho contra tres, y por añadidura sin armas. ¡Es que necesitáis intimidarnos para hacernos vuestros prisioneros?

A través del altavoz llegó un murmullo de voces, como si los tripulantes se consultaran entre sí, y luego éste cesó, quedando todo en el más absoluto silencio.

—¡Apártense a un lado! — cuchicheó Fernández, yéndose hacia la puerta, pistola en mano, y escuchando atentamente durante cinco segundos hasta que, repentinamente, alzando el arma, la abrió de un golpe, plantándose en el centro de ella, sin demostrar el menor temor.

El grupo de amotinados que caminaba hacia allí, de puntillas para no hacer el menor ruido, se vio desagradablemente sorprendido por la inesperada acción del mejicano, que oprimió el gatillo, al mismo tiempo que movía en abanico, a media altura, el arma, que tronó estrepitosamente en aquel reducido espacio, en medio de los alaridos de agonía de los tripulantes alcanzados, dos o tres de los cuales rodaron por el suelo, en medio de espantosas convulsiones, al mismo tiempo que los restantes emprendían precipitada y poco honrosa fuga, sin acordarse de que ellos, a su vez, tenían armas similares en las manos.

Fernández rió también estrepitosamente, al contemplar la carrera que se dieron los rebeldes, y, como suprema ironía, viendo que su pistola no le servía ya para nada, la arrojó con todas sus fuerzas, alcanzando en la cabeza al último de ellos, quien, con un salto hacia adelante, se desplomó sin lanzar un grito, siendo arrastrado por sus propios compañeros, que desaparecieron tras el mamparo de la sala de energía, situada en el extremo opuesto.

La situación pareció menos peligrosa.

También Fernández cerró la puerta de la cabina, y se volvió hacia Betta y el segundo, quien ya se había recuperado totalmente,

—Bien. Ahora veremos lo que pasa. Si éstos...

— ¡Fernández! — le interrumpieron, llamándole por el altavoz—. Si no os entregáis...

—Tenemos los mandos del aparato en nuestro poder. Sois vosotros quienes debéis rendiros, antes de que la cosa llegue a mayores — fue ahora Betta quien, recobrándose al fin, dándose cuenta

de que ella era el jefe de aquella nave, interrumpió al que hablaba.

Sonó una breve carcajada.

—Si, pero la sala de energía es nuestra — le contestaron.

—De acuerdo — contestó pausadamente la muchacha—. ¡Fernández!

—¡A la orden, capitán!

—Desconecte el colector automático. Inunde de radiaciones la sala de energía.

—Sí, *señorita* — repuso dulcemente el mejicano —. Con mucho gusto.

—¡Aguarde un memento, capitán!—-gritó el cabecilla—. Usted puede hacer eso, pero nosotros podemos hacer que estallen los motores.

—No, si los detengo desde aquí— contestó Betta fríamente.

—¿No, eh? — se oyó una burlona risita—. Hemos hecho una conexión independiente y podemos hacer volar la nave en mil pedazos. Solamente con un ligero aumento del régimen de fisión, saltaremos como una granada madura.

Se miraron los tres, con expresión de gravedad en sus rostros. Si la cosa era cierta.... Betta tragó saliva inconscientemente. Ni siquiera el pensamiento de que si ocurría aquello que pronosticaban los rebeldes no tendría tiempo de enterarse la alivió de su preocupación. Creyó haber hallado el remedio.

—¡Corto la corriente eléctrica! A oscuras no podrán hacer nada.

—¿Que no? — rieron—. Se olvida usted de algo que se llama central de emergencia, capitán. Por otra parte tengo en las manos el mando de las esterillas de control, y no tengo más que hacer un leve movimiento para irnos todos a paseo. ¡Vamos, ríndanse, y les prometo no hacerles el menor daño!

—Usted es McLaughlin, ¿verdad? — intervino Follingher, mudo hasta entonces.

—Sí, y ¿qué pasa? — repuso el otro con desfachatez.

—Nada, excepto que procure no caer en mis manos — dijo el segundo—, porque le retorceré el pescuezo como a un pollito, sin

sentir el menor remordimiento por ello.

No supieron cuál fue la respuesta del escocés, porque en aquel momento el mejicano soltó una exclamación, que hizo se volvieran los rostros de Betta y Follingher.

—¡*Santa María Purísima*! ¿Qué es lo que veo?

Y sus ojos demostraban terror.

Casi se podía divisar, a través del azulado cristal de los ojos de buey de la cabina. Una luz lejana, que lenta, pero constantemente, iba avanzando, aumentando a cada segundo su intensidad, al encuentro de la astronave.

— ¡Un asteroide!—exclamó Betta, aterrorizada.

—¡Y estamos en su órbita! —murmuró, espantado, el segundo.

Fernández se abalanzó hacia el marcador de posición, conectándolo con la calculadora electrónica. Empezó ésta a trabajar, y no pasaron diez segundos, cuando se enteraron de que el planetoide que se dirigía hacia ellos, a una velocidad aterradora, no era otro que Vesta, con el cual, indefectiblemente, deberían encontrarse dentro de muy pocos minutos.

Betta volvió a llamar:

—McLaughlin, ¿sabe que Vesta se nos está acercando y que dentro de muy poco nos romperemos la proa contra él?

Sonó una sarcàstica carcajada.

—No sea usted tonta. ¿Cree que me trago esa fábula?

—No, ¿eh? Conécteles la televisión a la sala de energías, Fernández. Que se convenzan por sí mismos.

La visión del brillante puntito que era Vesta, que se iba acercando más y más, debió ser argumento suficiente para que los amotinados entraran en negociaciones. Sabían que ahora se encontraban en un grave peligro, y que los unos necesitaban de los otros, más en aquel preciso instante, una voz completamente distinta se dejó oír, proviniendo de las profundidades del espacio, al mismo tiempo que una extraña imagen se proyectaba en la pantalla televisora.

—Vamos a abordaros. No hagáis la menor resistencia si no queréis ser destruidos. Prometemos conservar vuestras vidas si os

estáis quietos.

Proyectada sin duda de algún *film*, una bandera negra, con una calavera y dos tibias cruzadas, se agitaba en algún lejano viento, como trágico presagio de la suerte que les esperaba a los ocupantes de aquella espacionave.

## CAPÍTULO IV

— ¡No es posible!—murmuró atónito el teniente Sartis, al ver reflejada en la pantalla la bandera negra—. ¡Piratas en el espacio!

Durante un segundo, tanto él como sus hombres, todos cuantos estaban contemplando el flamear de la bandera en la pantalla, se quedaron estupefactos, pero no en vano Sartis era un veterano de los vacíos siderales y no era su primer encuentro con los maleantes que en ocasiones infestaban las rutas comerciales, tanto contrabandeando como asaltando indefensas espacionaves.

—¡A sus puestos de combate ! — rugió ¡Vivo!

La práctica adquirida en largos meses de duro entrenamiento hizo su aparición. Colocándose los trajes espaciales, para poder resistir el súbito alejamiento del aire, en caso de recibir un impacto que rompiera los blindajes de la nave de patrulla, poco gruesos por otra parte, todo el mundo ocupó el puesto designado de antemano.

—Usted continuará gobernando la nave, en tanto que yo dirijo el combate — exclamó el teniente, dirigiéndose a Salinas, en el mismo momento en que la voz que procedía de la misteriosa nave pirata, cuya presencia en las pantallas no había sido revelada todavía, continuaba intimándolos a la rendición. Sartis cerró bruscamente el contacto, molesto, fastidiado:

—¡Que se vayan a paseo! Si nos quieren, que se arrimen. ¡Vamos, Salinas, déle todo el gas al cacharro!

La astronave se lanzó como un rayo por las profundidades del espacio, buscando, no huyendo, a la nave rival, y en tanto navegaba a velocidades fulmíneas, Roberto recordó, inconscientemente quizá, su chasco, el de todos, cuando llegados al lugar en que había pedido socorro el aparato atacado, no habían encontrado el menor rastro de

su fechoría. Pero dejó a un lado sus pensamientos, cuando súbitamente una débil señal parpadeó en la verdosa pantalla.

—¡Teniente, ya lo tenernos a la vista! —exclamó, y en el mismo momento, por el altavoz, sé oyó una angustiosa llamada de socorro.

—¡Atención, atención! Nos están atacando. Una nave pirata trata de destruirnos.

—¡Identifíquese! — rugió por segunda vez en poco tiempo Sartis, y la nave atacada dio todos sus datos, en vista de lo cual la patrullera de la Legión viró, describiendo una amplísima curva de decenas de millares de kilómetros, dirigiéndose al encuentro de la órbita de Vesta.

Evitaron, por escasos segundos, un tropezón fatal con un diminuto asteroide, que pasó tan cerca de ellos que pudieron ver con toda claridad el deslumbrante fogonazo causado por el reflejo de la luz solar, que inundó con su claridad, durante un brevísimo instante, todo el interior de la cabina, mas apenas había tenido tiempo Roberto de lanzar un suspiro de alivio, cuando se sintió bruscamente arrojado a un lado, en tanto que el teniente salía lanzado contra las paredes de la cabina.

El estruendoso sonido que hizo trepidar hasta límites inconcebibles la astronave pasó pronto, pero durante unos segundos, la trayectoria de ésta se hizo vivamente irregular. Zigzagueó frenéticamente en la negra noche sideral, describiendo una serie de curvas luminosas, hasta que Roberto, dolorido en todos los rincones de, su organismo, logró ponerse en pie y regularizar el movimiento del aparato, ayudando a incorporarse al teniente, que se quejaba de un fuerte golpe en una cadera. Gracias al mullido de sus trajes de vacío, no sufrieron más, pero súbitamente una sospecha asaltó el pensamiento de Sartis.

—Salinas, pregunte por los puestos artilleros.

Todos contestaron. Todos menos uno. Brandaosinho, el portugués cuya respuesta no llegó, a pesar de las repetidas veces que llamó Roberto.

—Si le parece, iré a ver qué ocurre, señor — sugirió.

—Está bien — contestó, sombría la expresión, Sartis—: Yo me quedaré en su puesto.

Atravesó la astronave Roberto, dirigiéndose a la cámara lateral artillera, cerrando tras sí la puerta del corredor, y abrió la que daba a

la torreta, para sentirse inmediatamente, antes de que pudiera enterarse de lo que le ocurría, lanzado al espacio, empujado brutalmente por el aire que se escapó, al no tener ningún obstáculo ante sí.

La previsión del teniente le salvó la vida. De no haber llevado puesto el traje de presión, hubiera muerto instantáneamente, pero aun así y todo se vio en un serio aprieto, porque antes de poderlo remediar ya se había alejado casi cien metros de su aparato, convirtiéndose en un accidental satélite de éste.

Pero satélite solamente lo era accidental. La atracción de la masa de la nave era muy débil, y aunque de momento seguía su trayectoria, era evidente que fuerzas de otros astros le atraían con más intensidad, alejándole de la patrullera, lenta, más imperceptiblemente. Llamó desesperadamente:

—¡Teniente, teniente!

—¿Qué le ocurre, Salinas?

—La torreta de Brandaosinho está destrozada. Ha debido morir con toda seguridad, cuando un pequeño meteorito impactó contra ella, y como no lo sabía, fui empujado al exterior por la presión del aire.

—Está bien. Trataremos de enviarle un cable electromagnético. No se apure.

Minutos después, una larga serpiente se desenrollaba en el vacío, dirigiéndose hacia él automáticamente, atraída por el metal exterior de la escafandra. La asió y no pudo evitar el reír nerviosamente al considerarse salvado. Pasó por el lugar donde había estado el infeliz portugués y no vio otra cosa que destrozos y manchas sanguinolentas, heladas, convertidas en siniestros cristales de púrpura. Aquello era todo lo que restaba de! siempre bienhumorado Brandaosinho, se dijo a sí mismo, pensando que de no haberle tocado el turno de guardia en la cabina, quizá hubiera sido él quien hubiera muerto.

Pero otras cosas más urgentes requerían su atención. Corrió, una vez en el interior, diciendo:

—Gracias, teniente. Me encuentro muy bien. Pero todo fue tan imprevisto…

—Si hubiera tenido usted un dedo de frente, hubiera vaciado el aire del corredor. Afortunadamente el impacto del meteorito no dio de lleno en los torpedos de babor. De lo contrario, ¡psfhch! —y el

teniente hizo un gesto que expresaba bien gráficamente la suerte que podían haber corrido si tal contingencia se hubiera producido.

En aquel mismo momento llamaron:

—Teniente, tengo encuadrada una nave en mi visor — llamó O'Hannon.

—Déme la posición —y cuando el irlandés hubo obedecido, el teniente masculló un juramento, para exclamar a continuación—: ¡Salinas, 10° a babor! ¡Vivo, nos han largado un torpedo! ¡Aylmer!

—¿Teniente?

—Suelte un KV7. ¡Pronto!

—Sí, señor. Al instante.

El sargento ocupaba la torreta superior, casi encima de la cabina, y no perdio tiempo en manejar los controles. Un torpedo de unos tres metros de longitud, movido eléctricamente, ascendió de la cámara-almacén al tubo que lo lanzaría, y apenas ocupó su puesto, cuando los cerebros electrónicos de los mecanismos automáticos de puntería, realizando en un par de segundos todas las operaciones, colocaron el proyectil en posición de tiro, hecho lo cual una bombillita roja se encendió en el pequeño tablero de instrumentos que tenía ante sí el sargento, quien no perdió tiempo en empujar a fondo, con su índice, el botón del disparador.

Las llamas que salieron por la tobera del torpedo se convirtieron en el rojizo trazo de un lápiz en la negra pizarra de las estrellas, trazo que desapareció cuando los dos torpedos, encontrándose el uno con el otro, estallaron en un flamígero globo de luz que se obscureció bien pronto.

Todos suspiraron de satisfacción.

Pero si el teniente Sartis había comenzado a cantar victoria, bien pronto sus cánticos se convirtieron en lamentos de funeral. Obsesionado por la nave pirata que tenía delante, no se dio cuenta de que otra, acercándosele por detrás, después de describir una enorme curva en el espacio, bajando sobre la patrullera, por decirlo así, ya que en el mundo de las estrellas no hay arriba ni abajo, derecha ni izquierda, se le había colocado a su lado, y solamente supo de ella cuando un leve choque hizo tambalearse el aparato.

—¿Qué diablos...? — empezó a jurar, pero en aquel momento la excitada voz de López, desde la torreta inferior, empezó a aullar.

—¡Nos están abordando, teniente! ¡Tenemos una astronave pirata al costado!

—¡Maldición! —renegó Sartis, y llamó por el micrófono—: Usen las armas individuales. ¡No den cuartel a esos bandidos!

Y él mismo saltó hacia el armero, tomando una pistola ametralladora, cuya palanca de carga movió al mismo tiempo que corría hacia la destrozada abertura causada por el meteorito, y al lado de la cual había abordado la espacionave pirata.

Durante unos momentos inacabables, Salinas, fiel cumplidor de su deber, permaneció impávido en el puesto de pilotaje, conduciendo la nave, en tanto que a sus oídos llegaban una serie de detonaciones, confundidas con gritos y maldiciones de todas clases, aullidos de dolor y juramentos de rabia, pero todo aquello cesó bien pronto. Y todavía no había tenido tiempo de enterarse si habían vencido o eran derrotados, cuando una voz le hizo volverse como picado por un áspid.

—Échese a un lado y no haga un solo movimiento, si no quiere que le llenemos el cuerpo de plomo.

Roberto no pudo ver el rostro de los hombres, cubierto por la escafandra de vacío, cuya máscara transparente de polimetil-metacrilato, ligeramente azulado con objeto de absorber las radiaciones ultravioletas de los rayos solares, les ocultaba casi totalmente sus facciones, pero sí en cambio las dos pistolas ametralladoras que empuñaban con toda decisión. Y con un suspiro con el cual quiso expresar claramente toda la decepción que le producía la impotencia, temiendo por la suerte de sus compañeros, se levantó del sillín, alzando sus inútiles manos.

* * *

Fue Betta la que reaccionó con la rapidez del rayo, llevando a fondo la palanca del tubo lateral que producía la desviación hacia la derecha de la astronave. Y la maniobra no pudo ser ejecutada en el momento más oportuno.

Deslumbrándolos con sus resplandores, muy cerca de ellos, de tal forma que sintieron el "tirón" gravitacional del planetoide, pasó Vesta, enorme, gigantesco, haciéndoles parecer un punto brillante por contraste con aquella enorme masa de 644 kilómetros de diámetro. Y apenas lo habían entrevisto, cuando ya el asteroide no era más que un punto distante en el infinito.

Pero todavía quedaba otra amenaza, ésta consciente por completo: los piratas del espacio, que repitieron su intimidación, a lo que Follingher contestó con una serie de palabrotas que hicieron enrojecer a la muchacha.

—Está bien —le contestaron—: Puesto que lo habéis querido, no os quejéis luego de lo que os ocurra.

Desapareció la negra bandera de la pantalla, para ser substituida por la imagen de un aparato, impulsado a toda velocidad por los cuatro chorros de llamas de sus toberas de escape, agrandándose la visión a cada segundo que transcurría, hasta que llegó el momento que su masa de reluciente metal ocupó toda la extensión del vidrio deslustrado.

Duró un segundo la imagen, porque en seguida desapareció al elevarse verticalmente.

—¿Qué es lo que pretenderán hacer? — preguntó Betta.

—Nada bueno, *seguro* — respondió el mejicano, dedicándose frenéticamente a la búsqueda de municiones de repuesto para su pistola ametralladora pero sin conseguir nada positivo, en vista de lo cual tomó el micrófono:

— ¡McLaughlin ! — llamó.

—¿Qué ocurre, sangresucia?

No pareció hacer mella el insulto en el ánimo del mejicano, que sonrió, no obstante, de una manera que dio escalofríos a Betta, limitándose a contestar:

—Vamos a ser atacados por una nave pirata. El capitán os promete olvidar lo ocurrido si os entregáis y nos ayudáis a combatirlos.

La respuesta fue una risotada:

—¡Qué Ingenuo eres, Fernández! ¿Por qué te crees que nos hemos amotinado? Ahora vendrán nuestros compañeros y nos sacarán del atasco. Les abriré una portezuela y pasarán a bordo.

Las palabras del escocés resultaron proféticas, pues apenas pronunciadas, se sintió un leve choque que hizo tambalear el aparato, hecho que hizo que Follingher mascullara algo acerca de los pilotos chapuceros, y no habían pasado cinco minutos siquiera cuando unos fuertes golpes se oyeron en la puerta de la cámara.

—¡Abran! —gritaron desde el corredor exterior—. ¡Abran o volaremos la puerta!

Los tres se miraron consternados. Tenían el mando de la nave, y podían inundar, desconectando automáticamente los reactores termonucleares, inundar de radiaciones mortíferas todos aquellos lugares, pero era una solución harto lenta. Ni siquiera podían, en un suicida movimiento, aumentar el régimen de fisión para que la desintegración controlada del plutonio se convirtiera en una explosión nuclear que acabara con todos, pues este mando se hallaba en la sala de energía. Sin embargo, fue el mejicano quien pareció hallar algo que arreglara el asunto.

—Déjenme a mí — cuchicheó—. Apártense.

Se colocaron Betta y Follingher detrás de él, quien, con un súbito movimiento abrió la puerta, por la que se precipitó un hombre armado, quien antes de que tuviera tiempo de enterarse de lo que le ocurría vio cómo el arma le volaba de las manos y luego la culata se le clavaba en el estómago.

Fernández no desaprovechó la ocasión, y su bota, con suelas de electroimanes, ascendió hasta el vientre del individuo, golpeándoselo dura y eficazmente, a pesar de la protección del traje acolchado de vacío, derribándolo al suelo, en medio de espeluznantes alaridos.

Sin preocuparse de su víctima, que continuaba revolcándose en el suelo, el mejicano se plantó bruscamente en medio de la puerta y encaró el arma hacia los tres o cuatro piratas que tenía enfrente y que, incapaces de reaccionar ante la rapidez con que había obrado su presunto prisionero, habían dudado unos instantes, lo cual aprovechó Fernández para "hincharse", regando do balas todo el espacio, derribándolos muertos o heridos, en lamentable confusión de lamentos que resonaban a través de los micrófonos de las escafandras.

Pero estaba escrito que no podían salir triunfantes: alguien, desde el recodo del corredor que daba a la sala de energía, disparó a su vèz y aunque dificultada su puntería, tanto por la prudencia con que lo hacía como por el precario resguardo en que se hallaba, logró que una de sus balas impactara de refilón en el arma que sostenía el mejicano y que calló al instante, destrozado el mecanismo de disparo, que además de desarmarle, le durmió la mano a consecuencia del brutal choque.

En la parte opuesta se dieron cuenta de lo que le ocurría y media docena de individuos se abalanzaron sobre él, aullando de alegría,

visto lo cual por Fernández se dispuso a usar el ametrallador como maza, asiéndolo por el cañón, mas antes de que tuviera tiempo de utilizarlo siquiera, se vio proyectado hacia delante.

Uno de los heridos había reaccionado. No debían ser sus lesiones de gravedad, por cuanto pudo moverse sin dificultad y, hallándose a los pies del mejicano, se dispuso a mover los suyos, metiéndolos entre las piernas del otro, haciéndolo caer al suelo.

Inmediatamente se abalanzaron los piratas sobre él, aprisionándolo fuertemente, sin hacer poco ni mucho caso de las atroces injurias que les dirigía, e igual suerte corrieron Betta y el segundo, quien, empujados por los cañones de las armas que sostenían los forajidos, saltando por encima de los cuerpos cuya sangre teñía el suelo, fueron conducidos a la sala de energía, en la cual, rodeado de los tripulantes traidores y de algún fascineroso más, se encontraba un hombre, cuyo rostro no era distinguible a causa de la escafandra, y el cual parecía mandar en todos.

El hombre estaba sentado en un taburete, y no pudo evitar el hacer un movimiento de sorpresa al ver entrar los prisioneros, pero se contuvo inmediatamente, al mismo tiempo que Betta, comprendiendo instintivamente que aquel sujeto era el jefe, se dirigió vivamente hacia él, soltándose, con un enérgico ademán, de los brazos que la sujetaban fuertemente:

—¿Quién es usted? — inquirió, indignadísima—. ¿Con qué derecho ha asaltado mi nave y nos ha hecho prisioneros?

La voz del jefe de los piratas era hueca, desfigurada a propósito, cuando contestó:

—Eso no le importa a usted, señorita. Solamente puedo decirle, y aun jurarle, que lamento infinito que su nave haya tenido la mala suerte de ser atacada por nosotros. Necesitamos aparatos como éste, finos, veloces, bien construidos según los últimos adelantos y que no corren el menor peligro de estallar en cualquier momento. Siento que se vea usted despojada de su propiedad, pero al mismo tiempo la garantizo que nadie la tocará uno de sus hermosos cabellos, y que en la primera ocasión que tengamos la devolveremos a la Tierra, sana y salva. Le empeño mi palabra.

Betta se echó a reir, procurando poner acentos de insulto en sus frases:

—¿Qué palabra? ¿La de un bandido, jefe de piratas, asesino sanguinario? ¿Es esa toda la garantía que me puede ofrecer? Y aún

dándola como buena, suponiendo que usted cumpla lo prometido, ¿qué va a ser de los dos únicos tripulantes que me han permanecido fieles?

El desconocido cruzó las manos sobre el pecho:

—En cuanto a eso, puedo decirle que, por ahora, son nuestros prisioneros. Necesitamos brazos y nos los llevaremos. También vendrá usted, pero repito, en el momento en que podamos, sin riesgo para nosotros, naturalmente — sonrió al decir esto, notándosele la sonrisa en el acento—, la devolveremos a la tierra, con alguna astronave de la cual no precisemos nosotros.

—¿Y...? — Betta titubeó ahora—. ¿Y... de los que me fueron traidores? ¿Cuál va a ser su premio?

El cabecilla se echó a reír:

—Ha hecho usted una pregunta muy oportuna, señorita St. Albans. Usted misma presenciará mi forma de premiar los buenos servidores. ¡McLaughlin, Darras, Trials, Blochman, acercaos!

No parecían muy seguros de sí mismos los traidores, y rezongaron al aproximarse:

—¿Qué quiere, jefe? — preguntó el escocés.

—Quiero que la señorita St. Albans vea cómo os premio. ¡Quieres, McLaughlin, repetir mis instrucciones?

—Sí, jefe. Apoderarnos de la astronave, procurando coger prisioneros a cuantos tripulantes no estuvieran de acuerdo con nosotros.

—Muy bien. Exacto. Pero no solamente no hicisteis eso sino que, siendo diez contra dos, os habéis dejado matar seis, sin conseguir nada, a no venir nosotros en vuestra ayuda. ¿No es cierto?

—Verá, jefe... — empezó a decir, en tanto que su cerebro trabajaba a toda presión tratando de buscar una disculpa—. Nosotros... Pues bien...

—¡Basta ya!—le cortaron secamente—. En mi organización no hay disculpas. Hay órdenes que deben ser cumplidas, y para su falta de ejecución, o realización defectuosa, no hay más que un castigo. ¿Sabéis cuál es éste?

McLaughlin lanzó un rugido ele cólera e intentó abalanzarse

sobre el jefe, pero alguien le plantó un arma en la barriga y hubo de contenerse, mascullando amenazas.

—¡Llevadlos al portillo de emergencia!—ordenó el desconocido, que se volvió hacia la muchacha—. ¿Quiere venir con nosotros? Mi manera de premiar, aunque un poco original, no deja de ser justa.

Conteniendo los espantosos deseos que sentía de gritar, Betta se sintió, a su pesar, llevada hasta la puerta abierta, en donde sus cuatro tripulantes se hallaban allí, sólidamente sujetos por unos cuantos piratas, los cuales, a una orden de su jefe, que apenas hizo un ademán, los empujaron fuera, al espacio vacío.

—¿Ve usted, señorita St. Albans? Ése es el premio que les doy. Pueden encontrarse un asteroide en su camino por el universo, pero ¡es tan difícil! — y al decir estas palabras, suspiró el pirata—: Lo más seguro es que estén vagando por el espacio hasta que se les agote la provisión de aire de las escafandras. Ahora nos seguirán, como satélites muy originales, pero poco a poco se irán perdiendo en la lejanía, hasta que dejemos de verlos. ¡Un premio muy, muy adecuado! —exclamó finalmente el bandido.

Pero Betta ya no había oído sus últimas palabras, porque se hallaba tendida en el suelo, perdido por completo el conocimiento.

## CAPÍTULO V

—¿Qué ha sido de los demás?—preguntó Roberto al irlandés, cuando junto con el cabo López se encontraron reunidos en una estrecha cámara de la nave asaltante.

—Los mataron como a perros. Al teniente, al sargento Aylmer y a Despreux. Intentaron resistirse y no les dieron cuartel. López y yo tuvimos suerte, igual que tú. No tuvimos tiempo para defendernos y aquí nos tienes.

—¡Bonita situación!—masculló López, vestido únicamente con unos rotos pantalones, al aire el velludo torso, del tamaño de un tonel —. Me estoy viendo contra el paredón si salgo de ésta.

—Tú lo has dicho—-comentó melancólicamente Salinas—. Si salimos de aquí, cosa que veo difícil.

—¿Difícil? Lo difícil sería fácil, si pudiera intentarse, pero es absolutamente imposible. ¿Quieres decirme cómo podemos largarnos de aquí? Si ni siquiera nos han dejado los cigarrillos...

En aquel momento algo interrumpió las meditaciones en alta voz de López. Se abrió la puerta y un pirata, portando en las manos una bandeja con alimentos penetró en la cámara, lo cual le hizo exclamar al cabo:

— ¡Mira qué considerados son con nosotros! Me gustaría saber su interés para conservarnos en tan buen estado — y dichas estas palabras, un relámpago destelló en sus ojos, relámpago producido por una súbita idea que le cruzó el magín y que, apenas pensada, fue puesta en práctica, porque de sentado en su litera, se puso en pie de un salto., arrojándose sobre la garganta del pirata quien, ocupado en dejar la bandeja sobre la mesita, no se había apercibido del ataque del español.

Gorgoteó horriblemente el forajido al sentir en su cuello la férrea presión de las manazas de López, debatiéndose en inútiles espasmos con los que, en vano, pretendía liberarse de aquella tenaza que le ahogaba. Roberto y el irlandés, sin comprender lo que quería el cabo,

impulsados por simultáneos movimientos, decidieron ayudarle, sujetando al desgraciado, que quedó así inerme.

—¿Quiénes son sus jefes? ¿Dónde nos hallamos? — preguntó al oído López, abriendo al mismo tiempo un poco sus manos con el fin de que el otro pudiera hablar.

—No... no lo sé...—jadeó, lívido, convulso todavía—. Y... aunque... lo supiera no... no lo diría...

—¡Extraña idea de la lealtad! —comentó indiferentemente López, para volver a apretar el gaznate del individuo, que volvió a roncar espantosamente, al mismo tiempo que los ojos le giraban velozmente en sus órbitas.

Pero de repente, y antes de que sus dos compañeros tuvieran tiempo siquiera de advertirle, algo duro y pesado cayó sobre el cráneo de López. Alarmados por la tardanza del forajido, dos hombres habían penetrado en la cámara, quitándose de en- medio al cabo por el expeditivo procedimiento de descargarle sus armas sobre el enorme cráneo que, no obstante resistir los tremendos golpes, dados con todas sus fuerzas, sonó estruendosamente, en tanto que López, gruñendo, se dejaba caer sin conocimiento al suelo.

También hubo un equitativo reparto de golpes para Roberto y O'Hannon, que fueron arrojados a un rincón sin la menor compasión, cerrándose a continuación la puerta, que se abrió muchas horas después, cuando tres personas frieron brutalmente empujadas en el interior de la habitación.

Roberto se puso en pie de un salto. No reparó en los dos hombres, de clara ascendencia latina uno de ellos, sino en la mujer, cuya inigualable belleza no habían podido borrar los sufrimientos morales padecidos.

—-¿Quiénes son ustedes? — preguntó—. ¿Qué es lo que hacen aquí?

—Prisioneros también, ¿eh? —se anticipó Fernández.

—Sí. Pertenecemos a la Legión Sideral y nuestra patrullera fue atacada.

—Entonces... ¿fueron ustedes los que se disponían a socorrernos? — preguntó Betta, sin poder separar sus ojos de la esbelta figura del español.

—Ciertamente, pero no nos dieren tiempo. Y ustedes, por lo visto,

no pudieron salvarse, ¿no es así?

—Nuestra situación se complicó cuando la tripulación que tenía contratada se amotinó. Estaban de acuerdo con estos piratas —contestó Betta, mirando fijamente a Roberto.

—Y ahora lo están con el diablo — río abundantemente el mejicano, explicando con detenimiento todo lo ocurrido a Roberto, quien, en unión de sus dos compañeros, escuchaba atentamente.

—Veo que no nos queda otro remedio sino resignarnos— dijo éste —. Pero permítanme hacer las presentaciones. Me llamo Salinas, Roberto Salinas. Estos son Lucinio López, cabo, y Paddy O'Hannon, legionario, como yo —y alargó la mano, estrechando la larga, fina y aristocrática de Betta y sintiendo que un estremecimiento, como una descarga eléctrica le recorría todo el cuerpo al sentir el cálido contacto. La muchacha se ruborizó y no pudo evitar el bajar sus largas pestañas, no pudiendo soportar la intensidad de las miradas que le dirigía Roberto.

—¿Alguno de ustedes tiene la menor idea del lugar hacia el que nos dirigimos?

Varios movimientos de cabeza, de derecha a izquierda, fueron toda la contestación que recibió, lo cual le descorazonó plenamente, pero esa respuesta, la identidad del lugar hacia el cual navegaba la astronave, la tuvo varias semanas más tarde, cuando una mañana, después del desayuno, se le ocurrió mirar por la redonda portilla.

—¡Santo Cielo! ¿Ven ustedes lo que veo yo? — exclamó Roberto sin poder dar crédito a sus ojos.

Al oír sus palabras, se agolparon todos junto al "ojo de buey", contemplando algo fantástico, algo que ninguno de los que allí se encontraba había visto sino en fotografías efectuadas por algún audaz explorador de los espacios.

Un enorme globo, brillante, reluciente, de un color suavemente amarilloverdoso, cruzado por bandas perpendiculares al eje polar, bandas que iban desde el blanco cegador al pardorrojizo, pasando por el rosado de la zona ecuatorial, se aparecía inmóvil delante de ellos, aumentando imperceptiblemente de tamaño, a medida que la nave se iba acercando al planeta. Era una visión excepcionalmente maravillosa, pero su hermosura no consistía solamente en su resplandor, sino en el gigantesco anillo que lo rodeaba, anillo compuesto por varios a su vez, de los cuales el más interior era el más deslumbrante, formando un espléndido conjunto que no se cansaban

de contemplar los prisioneros.

—¡Saturno! ¿Qué diablos vendremos a hacer en este planeta inhabitado e inhabitable? — preguntó, corno soliloquiando, Roberto, sin obtener naturalmente, la menor respuesta.

—Me parece que estamos siguiendo su órbita, para disminuir la velocidad de aterrizaje y consumir menos combustible — apuntó Follingher, que inmediatamente exclamó—. ¡Ahí está! ¡Me juego la paga de un año a que vamos a Titán!

—¿A Titán? — inquirió extrañada Betta, viendo aparecer en el horizonte, saliendo de detrás de los anillos del planeta un cuerpo brillante, que aumentaba de tamaño al dirigirse hacia ellos.

—Sí, a Titán — repuso lenta más firmemente Follingher, seguro por completo de sí mismo.

Y si alguien, desde el exterior hubiera podido ver la trayectoria de la nave del espacio, hubiera apreciado la graciosa curva de varias decenas de miles de kilómetros que describió, cayendo sobre aquel satélite y tomando tierra en una maniobra perfecta, que el segundo no pudo por menos de elogiar en su interior.

* * *

Los seis prisioneros, escoltados por una doble fila de guardianes armados, avanzaron a lo largo de un túnel abierto en la misma roca, brillantemente iluminado. Durante el tiempo que duró la breve caminata por el tubo estanco, se había cerrado a sus espaldas una pesada puerta que aislaba aquella artificial atmósfera del vacío sideral, Roberto pudo ver algunos seres con los cuales se cruzaba y que, en su opinión, desempeñaban diversos papeles, en aquel extraño mundo, papeles unidos por un común denominador: el de esclavos.

No le extrañó que condujeran carretillas eléctricas, cargadas de algo que, de momento, no supo adivinar qué era. Lo que sí le extrañó, le produjo hasta dolor de cabeza, era la fijeza casi hipnótica de su mirada, sin que parecieran reparar en ellos, así como una leve protuberancia que les salía debajo de la nuca, en el lugar donde comenzaban los hombros. Pero no se pudo explicar en qué consistía aquella leve giba, por más que pensó en ella.

El túnel se partía en varios ramales que conducían a lugares desconocidos, también iluminados, pero cuyo fin no se podía adivinar. Un ligero runrún de maquinaria en constante funcionamiento llegaba hasta los oídos de los prisioneros, y el tráfico de carretillas cargadas,

pilotadas cada una de ellas por un cautivo que no les hacía el menos caso, era incesante. Iban, venían y recorrían todos los túneles a buena velocidad, sin molestarse siquiera en advertir de su presencia a los que avanzaban a pie.

Doscientos metros más allá se dieron de manos a boca con una enorme caverna. No era muy alta de techo, apenas veinticinco metros, pero sí grandemente espaciosa y en la cual el tránsito era muchísimo mayor. Pero allí había, en el liso suelo, señales para los vehículos rodados, así como para los peatones, por una de las cuales caminó el grupo cinco minutos más, al cabo de los cuales se detuvieron delante de una gran puerta metálica, en uno de cuyos lados haba un círculo de vidrio, que se iluminó con un destello verdoso, al mismo tiempo que alguien, por un altavoz situado al lado, ordenaba:

—Que pasen únicamente los prisioneros.

Roberto parpadeó asombrado al ver lo que había en el interior de la amplia estancia. No por el mobiliario y la decoración, corrientes poco más o menos que cualquier oficina corriente, aunque bastante grande, sino por el hombre que había sentado en un rincón, en medio de un montón de almohadones, constituyendo una visión casi oriental.

Era grueso, elefantiaco, una inmensa mole de grasa que apenas podía hacer sino leves movimientos con las manos y los brazos, de ojillos porcinos, hundidos en la masa de .células adiposas de los entrecerrados párpados de los cuales salió un destello, inmediatamente extinguido, de interés cuando los cautivos hicieron su aparición en la estancia.

—Bienvenidos seáis a Titán, mi reino — exclamó el individuo, exhalando tenues nubes de humo de un aromático cigarrillo colocado al extremo de larga boquilla—. Aunque soy el rey de este satélite, no quiero ningún titulo. Mi nombre es, para todos, Dokomos, y así deberéis llamarme... cuando volváis a verme, cosa que no creo se repita, a excepción, claro está, del capitán St. Albans.

Se estremeció Betta al verse aludida, aproximándose instintivamente a Roberto, que la ciñó el talle con su brazo protector.

—¿Qué piensa usted hacer con nosotros? — preguntó Salinas.

Dokomos sacudió pensativamente la ceniza de su pitillo y la sombra de una sonrisa pareció cruzar por su rostro fofo y repugnantemente grasiento, diciendo:

—Necesito esclavos. Necesito esclavos que trabajen para mí.

Necesito más astronaves para mi flota pirata; no tengo ningún inconveniente en calificarla de este modo, pues no me gusta andar con subterfugios, y no siempre salen bien mis ataques a las que navegan por el espacio. Algunas se resisten y quedan luego tan estropeadas, si no destruidas por completo, que no sirven ni para chatarra. Por lo tanto me veo en la necesidad de construirlas por mí mismo. Aparte de que también me hacen falta tripulantes y por eso ordené se os respetara la vida. Vosotros dos — señaló a Roberto y O'Hannon—, erais dos buenos pilotos siderales. Lo seréis conmigo, como el teniente Follingher. En cuanto al mejicano, deberemos curarle de su afición a usar el cuchillo.

—¿Está usted seguro de que le obedeceremos? Y ¿qué será de la señorita?

Sonrió indefiniblemente aquella especie de Buda viviente al contestar:

—En cuanto a la primera pregunta, puedo decir desde ahora que no solamente me obedeceréis, sino que procuraréis, por vuestro propio bien, no rebelaros contra las órdenes o instrucciones que recibáis. Y respecto a la segunda interrogación, contestaré con otra. ¿Qué mejor destino para una hermosa mujer que convertirse en la reina de Titán, casándose conmigo?

Betta no pudo evitar exhalar un gemido de angustia, y Roberto crispó los puños. Protestó:

—Puede que haga de nosotros sus esclavos, pero el jefe de la nave que nos asaltó prometió devolver a la muchacha a la Tierra a la primera ocasión que tuviera.

Agitó Dokomos una mano en blando ademán y dijo:

—Ese hombre obedece mis órdenes y en esta ocasión obró por su cuenta.

Roberto pudo oír cómo el mejicano empezaba a rezongar:

—Con que a curarme de mi afición a usar el cuchillo, ¿eh? Menos mal que los hombres de este tipo son unos estúpidos y no se les ocurrió registrarme...

Y antes de que nadie adivinara lo que iba a ocurrir, saltó hacia delante, brillándole algo plateado en la mano, que alzó en amenazador gesto en dirección a Dokomos.

Mas antes de que tuviera ocasión de bajar el cuchillo y clavarlo

en la garganta de Dokomos como era su intención, se detuvo retorciéndose epilépticamente, lanzando feroces aullidos de dolor, en tanto que de todo su cuerpo brotaban una serie de chispazos azulados, procedentes de la descarga eléctrica que el obeso personaje le había lanzado con un simple movimiento de la mano. Luego oprimió un timbre y un par de secuaces penetraron en la estancia.

—Llevaos a la mujer a la habitación que ordené preparar. Tratadla como si fuera yo mismo, con la mayor consideración.

Chillando y debatiéndose sobre sí misma, Betta, a su pesar, fue arrastrada, en tanto que Roberto hubo de detenerse revolcándose por el suelo, a consecuencia de otra descarga que le lanzó Dokomos. Los demás, atemorizados, no se atrevieron a moverse, y al fin, cuando el mejicano y Roberto, recuperándose, pero sintiendo todavía en su organismo atroces dolores, se levantaron, Dokomos volvió a sonreír satisfecho, hablando con tono dulce:

—Como habéis podido apreciar en vuestros propios pellejos, no os conviene rebelaros. Trabajaréis por ahora en la mina de *pechblenda*, y cuando esté seguro de vuestra lealtad, os daré el mando de una de mis astronaves.

Inspiró profundamente el aire Roberto antes de preguntar:

—Nos tiene en su poder, Dokomos, pero ¿cómo puede asegurarse de que trabajaremos para usted? Por lo que a mí respecta, puedo afirmarle desde aquí que aunque me maten a latigazos no daré un solo golpe de pico para extraer ni un gramo de mineral.

Suspiró resignadamente Dokomos cuando contestó:

—Es una lata. Todos decís lo mismo, cuando se os trae ante mi presencia. En verdad que es algo que ya se hace demasiado monótono. Pero, ¡en fin…! Allora veréis la forma que tengo yo de asegurarme vuestra docilidad. ¡Mirad!

Dokomos tiró de un cordoncillo, rematado por un grueso rubí, y una pesada cortina, ricamente recamada en oro y pedrería, que había detrás de él, se descorrió, dejando ver algo que hizo prorrumpir a los prisioneros en una serie de exclamaciones de horror y espanto ante el inaudito espectáculo que sus incrédulos ojos estaban presenciando.

Lo que contemplaron no era para menos.

Había ima serie de jaulas de todos los tamaños adosadas a la pared. Pero no. eran de alambre, sino de vidrio absolutamente

transparente, con unos orificios circulares, de reducido diámetro, para la respiración de los espantosos animales que guardaban en su interior y que cortaron el aliento de Roberto y sus compañeros.

Las jaulas iban desde los diez centímetros hasta los cincuenta. Y cada una de ellas contenía un horrible animal, velludo, de un negro brillante, con un prominente abdomen y seis patas, también negras, del grueso de un dedo humano en los de tamaño mediano, que tendrían unos veinticinco centímetros de magnitud.

Pero el horror de aquellos espantosos hexápodos, aquellos terroríficos vestigios, no estaba tanto en su parecido a unas enormes arañas, como en su cabeza, que más que nada era lo que asombró hasta el infinito a Roberto.

¡LOS HORRIBLES ARÁCNIDOS TENÍAN CABEZA DE HOMBRE!

Reducida a un tamaño proporcional al volumen del cuerpo que la sostenía, pero humana en todos sus detalles, incluso el de los negros ojillos semejantes con enorme exactitud a movibles cuentas de azabache, que giraban dentro de sus órbitas velozmente y, para aumentar el horror de la escena, Roberto apreció que más de uno de los hexápodos, sacaba su diminuta lengua, pasándosela por los labios como si se relamiera por anticipado.

— ¡No! ¡No es posible tal espanto!—gimió.

Fascinado por el espectáculo, pudo apreciar también que, en el centro del negro y piloso abdomen, tenían una especie de aguijón de color rojo brillante que aparecía y desaparecía a veces, como si recibiera excitaciones de los centros nerviosos del diminuto cerebro que lo movía. Las cabezas de los animales, proporcionadas a su tamaño, iban desde un centímetro en los menores hasta seis y siete en los gigantes, que, nerviosos, se movían de arriba abajo, recorriendo las encristaladas paredes de su encierro, como tratando de buscar una manera de salir de allí y saciar sus apetitos de sangre.

—Éste es el medio que uso para convencer a los recalcitrantes —murmuró suavemente Dokomos, al mismo tiempo que oprimía unos cuantos botones de la serie de ellos situados en un tablero al alcance de su mano.

Media docena de puertas se abrieron, correspondiendo todas ellas a hexápodos de tamaño medio que, vacilaron medio segundo, para saltar ágilmente al suelo, moviendo sus patas con increíble velocidad y abalanzándose sobre los prisioneros.

Éstos trataron en vano de repeler el ataque de los arácnidos, empleando los pies. Los animales les preveían las intenciones y cuando el golpe se descargaba, el pie sólo encontraba el vacío.

Roberto se dio cuenta de que, por encima de la barahúnda motivada por aquella lucha, sonaban las estrepitosas carcajadas de Dokomos, quien reía satisfecho al ver los esfuerzos inútiles de sus prisioneros por librarse de aquel horror, y de repente aquél sintió que una de aquellas arañas, saltándole a la espalda, le corría hacia arriba.

Se echó las manos atrás, tratando en vano de librarse del repelente contacto, pero antes de que lo lograra, sintió un agudo pinchazo en la columna vertebral, cerca casi de la nuca, al nivel de la parte superior de los omoplatos. Un dolor lancinante le llegó hasta la médula cuando el aguijón de la araña se le clavó en las carnes, al mismo tiempo que una ardiente sensación le invadía todo el cuerpo. Después, la pérdida del conocimiento le alivió por completo de sus males físicos y psíquicos.

Antes de rodar por el suelo tuvo tiempo de ver caer a sus compañeros, rodando asimismo inconscientes, presa cada uno de ellos de un hexápodo. Y al mismo tiempo, notándole en los oídos las estridentes carcajadas del sádico Dokomos, se desvaneció.

# CAPÍTULO VI

El hombre que había mandado la expedición filibustera penetró violentamente en la habitación dirigiéndose a grandes zancadas hacia el montón de cojines, en el que Dokomos, aspirando indolentemente el humo de un cigarrillo turco, leía con toda placidez un grueso libro.

Alzó éste sus ojos al sentir las pisadas del recién llegado y arqueó, no sin gran esfuerzo, una ceja:

—¿Qué te ocurre, Harris?

El rostro de Harris estaba rojo, congestionado, a punto de estallar:

—¿Qué me ocurre, dices? ¿Y aún tienes la desfachatez de preguntármelo? ¿Qué has hecho de la chica? ¿Dónde está?

Dokomos cerró con toda calma el libro, dejándolo penosamente a un lado. Se encogió de hombros.

—¿Qué puede importarte a ti eso, Harris? Yo soy quien manda aquí. No lo olvides.

—No estés muy seguro de ello, saco de tocino — gruñó el otro—. Pero, dejando a un lado la cuestión autoridad, necesito saber a toda costa dónde se halla el capitán St. Albans.

Soltó Dokomos una risita placentera:

—Parece que té preocupas ahora de las faldas, Harris. ¿Qué te ocurre? Antes eras un misántropo, desengañado por completo de las mujeres.

—Le prometí dejarla en libertad a Ja primera ocasión. Hay una nave aquí que no nos sirve para nuestros fines, pues es muy pequeña. Podríamos dársela a ella y dejarla marchar.

— ¡Qué iluso eres! Dejarla marchar. Y ¿cuánto tiempo crees que estaríamos sin recibir la visita de una colección de aparatos que nos bombardearían sin piedad? No, Harris, no. Lo siento, por ese lado, pero además hay otra razón. Quiero casarme con ella.

—¿Que quieres...? ¡Oh! Pero, ¡¡qué cosas tan divertidas me cuentas, Dokomos! Me gustaría conocer la mujer que quisiera cargar con tan repugnante saco de aceite. Anda, enséñamela. La cubriré de oro y diamantes de pies a cabeza.

El otro se molestó bastante. Si había alguna cosa que Dokomos odiara era precisamente su enorme humanidad que no le dejaba moverse apenas y que le retenía en aquel mullido grupo de almohadones contra su voluntad y toda alusión a ello le exasperaba hasta el frenesí.

—¡Largo! ¡Largo de aquí, si no quieres que te mate! ¡Fuera de aquí, Harris!

Pero éste continuó riendo, dejando que las lágrimas le bañaran las mejillas. Por lo visto la idea del matrimonio entre Betta y Dokomos le producía una incontenible hilaridad, haciendo que éste, perdiendo el control de sí mismo, apretara un botón, que liberó un arácnido que saltó hacia Harris.

No obstante, no fue cogido de sorpresa. El animal era uno de los mayores y causaba verdadero pavor, sobre todo en quien no lo hubiera visto jamás. Enorme, gigantesco, repulsivo, brillandole el peludo cuerpo, se agazapó a dos metros de Harris, disponiéndose al ataque definitivo.

Pero no llegó a consumar sus propósitos. En el momento en que distendía las ballestas de sus patas y saltaba hacia delante, la pistola de Harris tronó, escupiendo llamas y plomo, alcanzando con una rociada de proyectiles al hexápodo con cabeza humana, que saltó hecho pedazos, despidiendo repugnantes fragmentos sanguinolentos por todas partes, en medio de un chillido horroroso, infrahumano, que se cortó bruscamente cuando una bala hizo saltar el diminuto cráneo en mil pedazos.

—¿Qué me dices ahora, Dokomos? — avanzó Harris hacia el gordo amenazadoramente, empuñando con decisión la pistola—. No. No hagas un solo movimiento si no quieres que te vacíe de manteca la barriga a fuerza de balazos. ¿Me entregas o no me entregas la muchacha?

—Sssííí… — tartamudeó Dokomos—. Llé… llévatela y… y haz lo que quieras con ella. Pero, ¡por el amor de Dios!, no dispares.

—Está bien. Salvo este asunto, todos los demás continuarán igual. Siempre te he hecho caso y te obedecí sin replicar, Dokomos, pero no quiero que toques con tus asquerosas manos un solo cabello de la chica. ¿Lo entiendes?

El otro bajó la cabeza sin responder, afirmando mudamente. Y apenas había desaparecido Harris, cuando abriendo dos jaulas, puso en libertad dos arácnidos que, dócilmente, treparon a sus hombros.

Una serie de guturales sonidos partieron de los gruesos labios de Dokomos. Una serie de gruñidos, silbidos, maullidos, ante los cuales los extraños y espantosos animales asintieron, moviendo su cabecita de arriba abajo, y cuando su dueño les dio permiso, saltaron nuevamente al suelo, perdiéndose tras el que se acababa de marchar, sin que éste, obsesionado por la idea fija que le atenazaba el pensamiento, se diera cuenta de la persecución que era objeto.

* * *

Un agudo y breve toque de sirena se dejó oír y a su conjuro el enjambre de esclavos dejó las herramientas, disponiéndose a ingerir la comida que venía en una docena de calderas transportadas por una carretilla eléctrica.

Casi con rabia arrojó a un lado Roberto la perforadora neumática con la que desmenuzaba los trozos de *pechblenda* que luego iban a parar a la serie de vagonetas, de donde eran arrojados a los grandes hornos de reverbero en donde comenzaba la primera fase de la serie para la transformación del mineral en uranio. Se sentó en el suelo y quiso apoyar la cansada espalda contra la vertical pared, pero un pinchazo agudo le hizo desistir de ello. Su *amo* se lo prohibía. Si tal hacía podía dañarlo y el pequeño monstruo no estaba dispuesto a ello.

—Vamos a comer —le dijo O'Hannon, llevando como él, debajo de la camisa, su correspondiente arácnido, que le hacía parecer giboso —: Por lo menos, ya que te tienen como un esclavo, la comida es buena. Hay que reconocerles esa cualidad.

Sí. Había que reconocerlo. Pero era únicamente por el egoísmo. Dokomos necesitaba hombres fuertes y escatimándoles el alimento lo único que hubiera conseguido hubiera sido matarlos de hambre, sin poderles sacar el jugo necesario, y en Titán no era como en la Tierra, donde los hombres abundaban por miles de millones. Apenas habría allí tres o cuatrocientos, todos con su correspondiente araña, a la cual habían de alimentar con su propia sangre, otra razón de peso para que la comida fuera abundante y sin limitación alguna.

Cogió Roberto su plato de metal y se puso en la cola, con sus compañeros de infortunio. Ya llevaban un mes casi allí, trabajando duramente diez y más horas diarias, extrayendo mineral que era transformado en uranio que luego se desintegraría en los reactores termonucleares de las astronaves, proporcionando a éstas la energía necesaria, para la propulsión. Pero además, en aquella mina, confundidos con el uranio; había gran cantidad de otros metales, que eran separados de la mina, tales como níquel, hierro y cobalto,

utilísimos en la fabricación de estructuras de aparatos espaciales.

Escuchó indiferentemente la conversación que sostenían López, que le tapaba completamente la visión con su enorme espalda, con el esclavo que le precedía.

—¿Lleva usted aquí mucho tiempo, amigo? Me llamo López, por si ello puede interesarle.

—¡Psé! —contestó el otro—. Mi nombre es Kyrilon, griego, ¿sabe? Un año o así. No estoy seguro, porque aquí no se preocupan de darte calendarios.

López continuó:

—Oiga, y su bichito, ¿qué tal se porta? ¿No hay manera de sacudírselo de encima?

— ¡Je! ¡Qué cosas tiene usted? ¿Por qué no prueba? Tiene el aguijón conectado con la médula espinal. Alguno lo ha intentado y, ¿sabe qué es lo que le ocurrió?

Roberto se dispuso a escuchar, saliendo de su indolencia. No podía acostumbrarse al viscoso contacto de su araña, la cual le transmitía telepáticamente las instrucciones que recibía. Tenía libertad en él pensamiento para hablar y comentar con sus amigos cosas indiferentes y que no se relacionasen con Dokomos, pero cada vez que lo había intentado, sobre todo tratando de estudiar un plan de evasión, un brutal pinchazo del arácnido que había empujado a fondo el aguijón, le había hecho desistir de su intento. Con aquel horripilante animal a su espalda, con el que se despertó tras la pérdida de conocimiento que sobrevino inmediatamente a la conexión, no había nada que hacer. Todos sus recónditos pensamientos eran adivinados instantáneamente por el cerebro humano del animal y cortados en flor, apenas el bicho se enteraba de algo inconveniente. Pero en esta ocasión no puso obstáculos a la conversación, diciéndose más tarde Roberto que el animal era harto astuto. Les dejaba saber cuál podía ser su fin si iniciaban un conato de resistencia.

El griego continuó en tanto que alargaba su plato, que fue llenado hasta los bordes:

—Un amigo mío quiso deshacerse de su correspondiente araña. ¡Pobrecillo! Más le hubiera valido estarse quieto. El aguijón le cortó instantáneamente la médula y no tuvo tiempo de decir ni pío. Por eso yo me porto muy bien con el mío. Creo que hasta le voy tomando cariño. ¿Verdad, Andreápolis? Le llamo así en recuerdo de mi amigo,

el que murió — y pronunciadas estas palabras el griego, echó una mano hacia atrás y, descubriéndose la camisa, acarició el velludo torso del animal, con un estremecimiento da repugnancia de Roberto, quien sintió ponérsele la carne de gallina al escuchar el suave ronroneo con que el animal agradeció las caricias de Kyrilon. López se volvió hacia sus amigos, haciéndose un significativo gesto con el índice, como si se barrenase la sien. Sí, aquel hombre estaba loco. Solamente un enajenado mental podía hacer aquello, y Roberto presintió que tal vez aquel fuese su fin.

Echó mucho de menos un cigarrillo, en tanto hacían un breve reposo tras la comida, pero allí no había lujos. Y de repente se le ocurrió una idea. Notaba la quietud del arácnido adosado a su espalda y, aunque llevaba poco tiempo con él, había observado que, tras las comidas, el animal se alimentaba y sus facultades psíquicas mermaban notablemente. No obstante no se atrevió a hacer la prueba directamente. No quería arriesgarse. En cualquier instante, antes de que tuviera tiempo de poner en práctica su plan, podía reaccionar inesperadamente y descordarle con un solo golpe de aguijón. Debía esperar varios días.

Se le hicieron largos, lentos, inacabables, más que nunca, y notó que hexápodo ataba nervioso, agitado, como presintiendo algo que no podía adivinar, por más que lanzaba constantemente dardos mentales dirigidos al cerebro de su cautivo, quien a pesar del problema que le roía interiormente, procuró no pensar en él. Para ello se mostró alegre, bienhumorado, dicharachero, asombrando, no solamente a sus cuatro amigos, pero también a otros cuantos desgraciados como ellos qué compartían el reducido cubículo que les servía de alojamiento.

El día elegido fue el domingo. No porque este día fuera considerado festivo, allí no había nunca descanso, sino porque, como medida de excepción, se daba a cada prisionero un buen vaso de licor sintetizado en los laboratorios subterráneos del satélite de Saturno. Dokomos procuraba que sus esclavos estuvieran, excepto en el asunto de la libertad, satisfechos y no escatimaba ese día la dosis de "whisky",

—Dame tu ración — pidió Roberto a O'Hannon, en el momento del reparto, tras haber despachado la suya de un solo trago. El irlandés lo miró asombrado, pero no pestañeó siquiera y el español se lo bebió sin respirar.

López, el mejicano y Follingher también se quedaron estupefactos ante la petición de Roberto, mas presintieron algo que no pudieron adivinar y acabaron accediendo. Con el último vaso repleto hasta el borde de alcohol, Salinas sentose, murmurando palabras incoherentes,

rodeado por sus compañeros, que no acababan de comprender la rara actitud del español.

Pero éste, aunque lo parecía, no estaba beodo. Sí se encontraba en una inevitable situación de euforia que no le impedía darse cuenta de cuanto le rodeaba y, poco a poco, fue apurando el último vaso de licor, contemplado ávidamente por los demás continuando con su papel de ebrio, insultándolas sin tasa, especialmente a López, a quien puso verde.

Éste comenzó a enfadarse y al fin ocurrió lo que tenía qué pasar: que su puño se estrelló contra el mentón de Salinas, quien cayó bruscamente hacia atrás.

Sin embargo, no fue solamente el impulso de López el que lo derribó, sino el suyo propio aunado con el de aquél, y cayó violentamente de espaldas, antes de que el arácnido, también embriagado, tuviera tiempo de reaccionar.

¡LO APLASTÓ CONTRA LA DURA ROCA!

Sintió, con infinita repugnancia, que estuvo a punto de hacerle devolver la primera papilla, cómo le corría la sangre del animal, mezclada con la suya propia, por la espalda, pero al mismo tiempo sintió un exultante movimiento de alegría. ¡Estaba libre, libre! Y a punto estuvo de traicionarse y lanzar un grito de alegría, pero logró contenerse a tiempo.

Sintió una infinita sensación de alivio, una claridad mental como no la notara desde que el aguijón del hexápodo conectara con su espina dorsal, y, para hacer una prueba insultó mentalmente a Dokomos. No le ocurrió nada, y aquello confirmó su teoría. El bicho estaba muerto y bien muerto.

Vio inclinarse hacia él, ansiosos, los rostros de sus amigos, y el mismo López trató de disculparse.

—¿Te hice mucho daño, Salinas? Lo siento de veras.

—No... no tiene im...importan... importancia... — balbuceó, fiel a su papel. No quería que los demás animales se enteraran.

Se levantó penosamente y, súbitamente, antes de que nadie pudiera prever lo que ocurría, tomó una pala que había allí al lado. La levantó en el aire, descargándola con fuerza contra la espalda de López, quien lanzó un aullido doble: primero por el golpe inesperado, que en un principio temió fuera una represalia de su puñetazo; y luego

por la desconexión del animal, que quedó machacado contra la espalda del gigante, aguijoneándole duramente, pero no pudiendo seccionarle la médula por la rapidez de su ataque.

López no era tonto y comprendió al instante la argucia de su compañero. Sin preocuparse poco ni mucho de la sangre que le corría por la espalda, corno tampoco del destrozado animal que todavía le pendía no necesitó más que dos viajes de sus manazas para, cogiendo un arácnido en cada una de ellas, sin molestarse en otra cosa, destrozarlos en un santiamén, liberando de esta forma al mejicano y a Follingher, quienes no obstante se vieron obligados a lanzar un aullido de dolor al sentir el postrer pinchazo del animal, dado en su agonía, pero ya con poca fuerza.

O'Hannon también se percató de lo que ocurría y volvió su espalda para facilitar así la labor de su amigo, quien enarboló por segunda vez la pala, mas en vez de descargarla de plano, la agitó en sentido tangencial. No quería correr riesgos en esta ocasión y la herramienta, manejada hábilmente, se llevó por delante al hexápodo, quien, con las patas seccionadas cayó al suelo, agitándose y tratando de saltar de nuevo sobre la espalda del que ya era su ex esclavo. Pero las botazas de López lo redujeron a una papilla rojonegruzca.

—¡Libres! ¡Estamos libres! — aulló, frenético de alegría, y elevando sus brazos en alto se dirigió al resto ele los trabajadores forzados—: ¡Esclavos, sublevaos contra vuestros amos de seis patas! | Matadlos, destrozarlos, reducidlos a la nada! ¡Podéis hacerlo si queréis! ¡Contempladnos a nosotros! ¡Somos libres!

El poderoso vozarrón de López llenó todos los ámbitos ele la mina y si antes muchos de aquellos prisioneros se habían interesado ligeramente por lo que supusieron una pelea entre amigos, ahora; una corriente eléctrica circuló entre ellos. Y para concluir su demostración, Roberto y López, rasgándose las camisas, enseñaron sus desnudas espaldas, sangrienta todavía, pero sin otra, señal del monstruo que habla sido su dueño hasta unos minutos antes.

Un murmullo de excitación recorrió las filas de los trabajadores, de las que salieron algunos gritos de dolor cuando los aguijones de los hexápodos comenzaron a pincharles, pero algunos de ellos, desesperados, más valientes o decididos, arriesgándose a perder la vida, se echaron al suelo de espaldas, con inusitada violencia., librándose así de los horribles animales que les torturaban mental y físicamente, engrosando con ello las filas de los sublevados.

Otros varios cayeron como fulminados al suelo cuando los

aguijones de las arañas semihumanas les cortaron de un solo golpe la columna vertebral, pero ya la sublevación estaba en marcha y no había fuerza capaz de detenerla. Unos a otros se fueron librando de los hexápodos, ensañándose con ellos y no fueron los cinco amigos quienes menos activos se mostraron, matando docenas de ellos.

Algún arácnido, especialmente los de gran tamaño, porque crecían en los dorsos de los cautivos, saltaron de éstos al suelo, corriendo a toda la velocidad que podían desarrollar mediante sus tres pares de patas, para avisar a Dokomos, mas Roberto se dio cuenta de la maniobra.

—¡Que no se escape ninguno o estamos perdidos! — gritó—, ¡Matadlos sin compasión!

Volaron las piedras por el aire. Enormes trozos de roca, sobre todo los que arrojaba López, cayeron sobre los animales que, perdiendo su valor, huían franca, desesperadamente, machacándolos, triturándolos, reduciéndolos a informes masas sangrientas, en medio de alaridos de júbilo y horrorosos chillidos procedentes de las minúsculas pero potentes, gargantas de aquellos infrahumanos seres.

Roberto corrió, con aquella pala que empuñara al principio y que no había soltado aún., detrás de uno de ellos que estaba a punto de alcanzar la salida de la mina. El animal se dio cuenta de que su enemigo se le aproximaba diagonalmente y que no tendría tiempo de escapar y se volvió agitando amenazadoramente sus dos patas delanteras, largas casi de veinte centímetros, al mismo tiempo que tensaba las otras cuatro, dispuesto a saltar.

Salinas se dio cuenta de que si el animal hacía presa en él estaba perdido. Sería cuestión de segundos colocarse a su espalda y conectarle el aguijón. Una vez conseguido esto, ya podía despedirse de la vida, y aquel hexápodo podía hacerlo con toda facilidad. Medía más de sesenta centímetros y su aspecto era realmente impresionante, sobre todo al contemplar su minúscula cabeza, girando horrorosamente sus vivísimos ojillos negros, con infinita expresión de odio, semejante en un todo a la de un ser humano.

Pero no le dio tiempo. En el momento en que el monstruo perdía el contacto con el suelo, la pala, describiendo una parábola diagonal, se abatió sobre él, seccionándolo en dos mitades, que arrojaron gran cantidad de sangre obscura, en tanto que los destrozados miembros se retorcían unos segundos convulsivamente y un fenomenal griterío estalló entonces.

Las aclamaciones de los esclavos liberados saludaban a su salvador, al hombre que había tenido tan genial idea, y aunque muchos de ellos habían perecido, muertos por los hexápodos, todavía restaban trescientos al menos de ellos, con los que intentar seguir la rebelión y finalizarla con el éxito con que había comenzado.

# CAPÍTULO VII

Betta dio un paso adelante, pero el arácnido que, por encargo de Dokomos, la vigilaba implacablemente día y noche, es decir, los períodos en que estaba despierta y aquellos durante los cuales dormía, pues en aquellos inmensos subterráneos no había modo de acomodarse al horario terrestre, avanzó hacia ella, clavando en los hermosos de la muchacha sus ojos negros, brillantes como unidades de collar, despidiendo malignos reflejos.

No había podido acostumbrarse aún, a pesar de llevar junto a aquel bicho unas cuantas semanas, a su repugnante presencia. A cada movimiento, por inocente o natural que fuera, el pequeño engendro la seguía implacablemente, llegando en ocasiones a crisparle los nervios.

No la había tocado siquiera. Betta creía que se habría desmayado si hubiera sentido el viscoso contacto del animal en su fina piel, pero incluso cuando rendida por el sueño se acostaba y apagaba las luces de su estancia, sentía su presencia allí, fijo, inmóvil, respirando pausadamente, clavados en ella sus ojos que fosforecían en la obscuridad.

Alguien entró en la habitación con pesado andar. Dokomos, sin apenas poderse sostener sobre sus cortas piernas, se derrumbó sobre el diván allí instalado, que crujió alarmantemente. Sé enjugó el rostro con su pañuelo, que quedó empapado instantáneamente, y luego sonrió, contrayéndosele las comisuras de los porcinos ojillos.

—Bien, ¿y cuál es la respuesta de mi hermosa prisionera?

Betta no se molesto en contestar siquiera. No quiso decir tampoco que estaba casada, porque estaba segura de que éste impedimento no constituiría el menor obstáculo para los deseos del hombre y lo único que la admiraba era que Dokomos no hubiera intentado poner en práctica sus deseos. Pero si se hubiera detenido a reflexionar, habría adivinado la verdad, que no era otra que el hombre se sentía consciente de su inferioridad física, afeada enormemente por su gordura, y sabía que no había ningún atractivo en ella para conquistar el corazón de la muchacha, aparte de que, imponiéndose por la fuerza, tampoco hubiera podido, puesto que casi no podía moverse. Por eso se había armado de paciencia e intentaba rendirla por medio de una prolongada estancia en aquella prisión.

—Está bien — habló nuevamente Dokomos —. Veremos cuál de

los dos tiene más espíritu para soportar la espera. Creo que tendrá que hacerme caso, evitándome el recurrir a medios más coercitivos. No me responde, ¿eh? — y haciendo un ademán con la mano, llamó al hexápodo, que dócilmente trepó por sus piernas hasta llegar a su hombro, como si fuera un doméstico gatito, en tanto que la gordezuela mano del hombre lo acariciaba suavemente, recreándose en ello. El animal ronroneó de placer y entornó los ojillos.

Betta se estremeció. Un escalofrío de repugnancia la recorrió el esbeltísimo cuerpo, pero de repente una súbita idea, como un cegador relámpago en obscura noche, iluminó las tinieblas en que se debatía su mente.

No lo pensó por segunda vez. Antes de que Dokomos tuviera tiempo de reaccionar, mucho más ágil la muchacha que él, una pesada silla se abatió sobre su cabeza, consiguiendo Betta matar dos pájaros de un solo tiro.

Dokomos se dio cuenta de que no podía parar el golpe, su misma obesidad le hacía ser la antítesis de la rapidez de movimientos, mas así y todo logró ladear la cabeza, con lo que el golpe le cayó de refilón y si con esta acción consiguió que los huesos de su cráneo resistieran el impacto, el cuerpo del hexápodo era mucho más débil, y quedó destrozado instantáneamente.

El que a sí mismo se llamaba rey de aquel satélite quedó inconsciente. El estacazo le había privado del conocimiento y Betta no desaprovechó la ocasión. Corrió hacia la puerta, para detenerse apenas la había abierto. Gritó horrorizada, viendo dos monstruos de un tamaño como no se hubiera imaginado jamás pudieran existir, avanzando lenta pero inexorablemente hacia ella y adivinó, en las malignas miradas que le dirigían, las malévolas intenciones que les animaban.

* * *

— ¡No perdamos tiempo! —exclamó Roberto que, inconscientemente, había sido aceptado por todos como el jefe de la rebelión—. Hay armas suficientes para derrotar a los piratas. ¡A ellos!

Un unánime rugido le contestó. Tres centenares largos de hombres, hartos de la opresión durante mucho tiempo, estaban ardiendo en deseos de venganza, y se proveyeron de toda clase de herramientas portátiles, sin faltar quienes se apoderaron de las excavadoras automáticas, montando en ellas y haciendo rechinar las cadenas de sus orugas al dirigirse hacia el amplio túnel que daba a los

demás departamentos subterráneos donde Dokomos fabricaba, con trabajadores adictos, para no temer ningún fallo ni rebelión, sus astronaves.

—¡López, la dinamita! Nos será muy útil. Follingher y Fernández pueden acompañarte.

Fiado en la protección de sus monstruos, Dokomos mantenía sus esclavos en el trabajo sin protección armada de ninguna clase, mas nunca pudo imaginarse que llegara un momento en que la rebelión pudiera producirse. Por eso los primeros avances de los sublevados fueron acompañados por el más franco éxito, puesto que los primeros guardias armados que sé dieron cuenta del tumulto, a pesar de que dispararon con frenesí sus armas, matando o hiriendo bastantes esclavos, fueron materialmente arrollados por aquella enloquecida masa que los convirtió en informes montones de sanguinolenta pulpa irreconocible.

Hendiendo la marea humana, yendo en cabeza, López, cargado de cartuchos de dinamita, anticuada pero altamente eficaz en el interior de la mina, avanzó hasta ponerse a la altura de Roberto, que, con O'Hannon al lado, caminaba en busca de Dokomos, para exigirle la libertad, aunque pensaba con lástima en él, si llegaba a caer en manos de aquellos exaltados.

Un grupo de hombres armados apareció de repente al doblar un recodo, surgiendo de un túnel colateral, pero dos cartuchos de dinamita, hábilmente arrojados por López, los disolvieron en medio de una estrepitosa detonación, esparciendo los desgarrados miembros por los aires, oyéndose a continuación los gritos de júbilo de quienes acogían la victoria con estruendosos vítores.

La potencia de la onda explosiva derribó a Roberto y sus amigos, que continuaban en cabeza, y los que se habían apoderado de las armas de los forajidos muertos que resultaron útiles, continuando su irresistible avance hacia la caverna central en la que se hallaba la estancia de Dokomos.

Sin embargo, los progresos de los sublevados hubieron de detenerse bien pronto.

Un numeroso grupo de hombres, acorazados de pies a cabeza, empuñando algo que a primera vista no pudo precisar Roberto, se plantaron delante de ellos, con firmeza y decisión.

Iban equipados con armaduras que debían ser pesadísimas, pero que debido a la escasa gravedad de Titán manejaban con soltura. A la

espalda llevaban una especie de mochila, también del mismo material, compuesta de tres objetos cilíndricos, terminados por ambos extremos en sendas semiesferas.

El grupo estaría constituido por unas dos docenas de hombres que formaron en fila, codo con codo. Roberto alzó su arma y apretó el gatillo, siendo imitado por O'Hannon y Follingher, que habían logrado apoderarse de ametralladores.

Tabletearon éstos, soltando fuego y plomo por sus ardientes bocas. Sisearon, en medio del estrépito de las detonaciones, los proyectiles, cuyo silbido se convirtió en agudísimo, gemido al rebotar contra las impenetrables corazas de los sicarios de Dokomos, multiplicándose los sonidos en la reducida amplitud del túnel.

Saltaron esquirlas de roca al estrellarse contra las paredes las balas rebotadas y Roberto se dio cuenta, tal como había previsto para sí, que los blindajes de aquellas armaduras eran impenetrables a los proyectiles corrientes. Y la fila de guerreros, protegidos de pies a cabeza, con una estrecha mirilla de gruesísimo cristal en la parte correspondiente a los ojos, comenzó un lento avance.

— ¡López, suéltales un par de cartuchos de dinamita!

Volaron los explosivos, describiendo una parábola en el aire, estallando con horrísono fragor a los pies de los piratas. Seis u ocho de ellos volaron por los aires, cayendo luego al suelo, para levantarse a continuación, como si nada les hubiera ocurrido, ante lo cual, furioso López, lanzó una serie de cartuchos más que estallaron estruendosamente, llegando hasta ellos las cálidas bocanadas de la onda explosiva.

Súbitamente, Roberto vio algo que le llenó de horror. Uno de los cartuchos tenía la mecha demasiado larga y todavía no se había consumido totalmente, yaciendo inmóvil en el suelo, a dos pasos de un pirata que, sin temor alguno, se inclinó sobre él, tomándolo con las pinzas en que terminaban el brazo de su armadura. Después lo echó hacia atrás.

El español puso toda el alma en la puntería. Encuadró el largo cilindro en la cruz de la retícula del visor, apretando el gatillo apenas las pinzas del hombre acorazado lo hubieron soltado. Un relámpago brilló un instante, precediendo en una centésima de segundo a la explosión que resonó atronadora.

Pero si Roberto había suspirado satisfecho, creyendo haber conjurado el peligro, pronto tuvo ocasión de que los cabellos se le

erizaran. Oyó gemir a López:

— ¡Qué tíos! ¡Resisten la dinamita! —y luego arrojó furioso los cartuchos al suelo, pisoteándolos sin compasión, con riesgo de hacer estallar los fulminantes y volar en mil pedazos. Más apartó al instante su atención de la escena, para ver avanzar a los veinte acorazados rítmica, pausadamente, levantando aquellos tubos que tenían en la mano.

Súbitamente, Roberto se dio cuenta de lo que eran aquellos artefactos y gritó, horrorizado:

—¡Lanzallamas!

El alarido se perdió, retumbando fragorosamente por las bóvedas y, a pesar del tumulto fue escuchado por todos los rebeldes. Roberto no perdió el tiempo ni tampoco le importó ser tachado de cobarde. La valentía en aquella ocasión no le hubiera servido para nada. En consecuencia dio media vuelta.

En tan preciso instante, largos chorros de líquido inflamable comenzaron a salir de los surtidores portátiles: El siseo del líquido comprimido a alta presión llenó todos los ámbitos, pero fue inmediatamente apagado por los alaridos de los que eran alcanzados y que se convertían al instante en humanas antorchas.

Treinta o cuarenta de estos-desgraciados corrieron unos segundos en todas direcciones, ardiéndoles no solamente la ropa, sino los cabellos y la piel, desprendiéndose de ellos un repugnante olor a carne quemada que puso náuseas en la sensibilidad de Roberto, quien, milagrosamente no había sido alcanzado y que, corno el resto de los demás esclavos corría desesperadamente, huyendo de aquella espantosa muerte.

La superior velocidad que les daba el no llevar encima otra cosa que unos sencillos pantalones — Roberto, como la mayoría, había arrojado la camisa ensangrentada por el arácnido aplastado — contra las pesadas armaduras de los hombres de Dokomos, les hizo ponerse a salvo bien pronto, una salvación muy relativa, puesto que se hallaban de nuevo encerrados en la mina que, si bien era una caverna de enormes dimensiones, no tenía otra salida que aquella que acababan de utilizar, por lo que, literalmente se hallaban en una ratonera.

Roberto, con sus amigos, pensó desesperadamente en una solución que los sacara de aquel atolladero. Estaba decidido a no sentir más, al precio que fuera, el horripilante contacto del hexápodo en su espalda, pero también era cierto que, si no se rendían, aquellos

hombres acorazados, acabarían por quemarlos vivos a todos, cazándolos como a ratas por las numerosas anfractuosidades de la mina. Pero súbitamente, su mirada, vagando perdida en torno suyo, halló lo que buscaba, y no pudo evitar el lanzar un grito de júbilo:

—¡Ya lo tengo! ¡Vamos, O'Hannon, muchachos, tomad una excavadora cada uno!

Aquellas máquinas estaban construidas de resistentes materiales. No solamente porque debían resistir cualquier derrumbamiento de los muros de la caverna, sino porque en ocasiones, habían sido trasladadas para trabajar al exterior y su cabina era estanca, por tanto.

De un salto, Roberto trepó a la cabina, cerrando tras sí y comprobando en el indicador del tablero de mandos que estaba totalmente aislado del exterior de aquél, y pisó a fondo.

Rechinaron las cadenas como protestando del enérgico esfuerzo a que las sometía Roberto, pero la excavadora avanzó, en unión de tres o cuatro máquinas más, hacia los hombres lanzallamas cuyo primer movimiento fue de sorpresa y vacilación.

Pero se rehicieron al instante y avanzaron decididamente hacia aquel armatoste, concentrando sobre la cabina enormes cantidades de líquido ardiente que elevaron la temperatura en el interior de la misma hasta límites inconcebibles.

Roberto sintió instantáneamente empaparse su cuerpo en sudor y los arroyos de la secreción le corrieron por toda la piel, evaporándose al mismo tiempo y causándole una intolerable sensación que estuvo a punto de hacerle desistir de su empeño, creyendo no podría resistirlo, pero merced a un sobrehumano esfuerzo de su voluntad, logró dominar aquel instante de flaqueza y prosiguió avanzando.

Los chorros de llamas continuaban cayendo sobre él. Consumían la pintura exterior, enrojecían las partes metálicas más sencillas y solamente gracias a la excepcional calidad y espesor de aquel vidrio y a que el combate se desarrolló en contados segundos, no pereció abrasado. Mas en aquel mismo momento, las restantes excavadoras, marchando a toda la potencia de su; motor, se incorporaron al teatro de la lucha.

Roberto sintió cómo tropezaba la máquina con una pareja de aquellos hombres que no habían tenido tiempo de apartarse, embarazados por la pesadez de su armadura, ventaja que en esta ocasión se había convertido en un *handicap*, y a continuación, sobre los demás ruidos, escuchó el escalofriante de la coraza al ser reducida

a chatarra, con el grito de su propietario, instantáneamente cortado por la horrorosa muerte que sufrió.

Las máquinas eran lentas, más aun así y todo consiguieron dominar la resistencia de los hombres de Dokomos, que tampoco podían moverse con mucha rapidez. Una rápida maniobra de Roberto dio como resultado que su artefacto girara casi en redondo, al mismo tiempo que las pinzas que pendían del largo brazo se apoderaban del pirata.

Pataleó éste en el aire, oculto el resto del cuerpo dentro de las pinzas, cortado el chorro de líquido inflamable instantáneamente y de repente aflojó Roberto la presión.

El hombre cayó pesadamente al suelo, desde una altura de ocho o diez metros y trató de levantarse.

No lo consiguió más que a medias. Como una vengadora Némesis, la excavadora se le echó encima e inútilmente trató de poner sus manos para detener la muerte que se le venía encima. Gritó, aulló inhumanamente, pero él sonido de angustia y de pánico se acalló al momento cuando las cadenas de las orugas le redujeron a una informe masa de acero, huesos, músculos y sangre que salió por las junturas de la destrozada armadura.

Los hombres acorazados llevaban las de perder. Más de la mitad habían muerto ya y los restantes, desmoralizados, se defendían desesperadamente, pero sin poder contener el avance de las máquinas, y Roberto vio cómo una de ellas, conducida por López atrapaba un pirata, elevándolo en el aire.

Lo golpeó dos o tres veces contra la pared, para atontarlo. A continuación, haciendo girar la pluma que sostenía las pinzas, abrió éstas, dejándolo caer en la trayectoria de otra excavadora, la conducida por O'Hannon, y que pasó por encima del desgraciado sin el menor traqueteo.

Un par de minutos más bastaron para poner en fuga al resto de los sicarios de Dokomos, pero no lograron correr mucho. Fueron alcanzados y exterminados, sin que ni uno de ellos consiguiera salvarse.

Roberto abrió la puerta de su cabina. Respiró con delicia el aire fresco y saltó al suelo, viendo que el grupo de rebeldes acudía hacia él, aclamándole. Pero su número se había reducido otra vez en una cincuentena de cuerpos que, doscientos metros más allá, ennegrecidos, consumidos hasta alcanzar infantiles proporciones, yacían,

despidiendo todavía algunos vapores.

—¡A por Dokomos! — exclamó y un corro de aullidos le contestó.

Se le unieron sus amigos y el irlandés le preguntó:

—¿Qué piensas hacer?

Pero si Roberto, a los demás libertos, les había expresado una cosa, con su amigo pudo franquearse y exclamó:

—Buscar a la señorita St. Albans.

—Cuenta conmigo — repuso sencillamente el irlandés.

Para Roberto, todas las puertas que daban a la gran caverna central eran iguales. En medio de los alaridos de los sublevados que, perdido el control de sí mismos, destrozaban cuanto hallaban por delante, apoderándose al mismo tiempo de unas cuantas armas, buscó por todas partes, hasta que al fin con un suspiro de alivio, reconoció el cubículo en el cual entrara por primera vez a su llegada a Titán.

Buscaron detenidamente por todos lados.

No había nada y, a decir verdad, no sufrió ninguna decepción. Ya lo esperaba, mas antes de irse de allí, no quiso dejar una tarea inconclusa. Fue hacia el lugar en que habitualmente reposaba Dokomos y tiró de las cortinillas que guardaban aquellos repulsivos seres, los cuales se agitaron nerviosamente, viendo que no era su dueño, sino otro desconocido para ellos y en el que barruntaron no muy buenas intenciones.

Todo un lado de pared estaba cubierto de jaulas y al volverse Roberto apreció que el griego con quien anteriormente entablaron conversación, Kyrilon, estaba con ellos y había sido uno de los que se proporcionara un arma.

—Dispara contra ellos. Mátalos sin compasión — ordenó secamente Roberto.

El griego sonrió satisfecho:

—No has podido darme una alegría mayor — y alzó el fusil ametrallador.

Bailoteó éste despidiendo constantes chorros de llamas y humo, en cortas, pero certeras ráfagas, dirigidas cada una de ellas a un distinto animal. Las estrepitosas detonaciones se confundían con los

horrorosos chillidos de los animales a medida que iban recibiendo las balas unos y otros al ver la suerte que les esperaba, revolviéndose frenéticamente en sus jaulas, sin poder salir de ellas.

Uno por uno, fueron siendo eliminados los hexápodos. Roberto tuvo que taparse los oídos para no escuchar sus espeluznantes gritos, tan semejantes a los de un niño de corta edad, pero la cosa terminó pronto, con gran alivio de todos.

—Ahora ese bandido no podrá someternos a su voluntad — comentó alguien, y Roberto murmuró como para sí mismo, pero de forma que lo oyeron los demás:

—El problema no va a ser el encontrar a la señorita St. Albans, cosa ya difícil de por si, sino el salir de este satélite. Si todas las astronaves se encuentran en poder de Dokomos y de los secuaces que tiene esparcidos por el sistema, atacando los aparatos que recorren las rutas comerciales, ¿cómo nos las apañaremos nosotros para salir de aquí? La construcción de una de ella, aun con todos los medios de que disponemos aquí, es larga y fatigosa.

—Es cierto — le contestó O'Hannon—, pero no por eso debemos permitir que el desaliento invada nuestro ánimo. La muchacha ha desaparecido y ése es nuestro primordial objetivo, ¿no? Pues, a buscarla sin titubear.

Las palabras de su amigo infundieron nuevos bríos a Roberto, que después de verse libre, había sufrido un momentáneo bache en su espíritu y seguido por todos ellos, salió fuera.

Contempló los enloquecidos movimientos de los que habían sido liberados de la esclavitud y murmuró amargamente:

—¿Creéis que, en realidad, hemos obrado bien al librarlos de sus amos? Ahi los tenéis. En lugar de procurar por su salvación, respetando todo, procurando no interrumpir el trabajo y de esta forma, en un plazo más o menos cercano, salir de este satélite, se han entregado a una labor vandálica que ellos serán más tarde los primeros en lamentar.

—Bien—le respondió filosóficamente Fernández—. ¿Y para qué nos vamos a molestar en hacérselo ver? Ya son mayores de edad. Que hagan lo que quieran. Si pesco a Dokomos, me sobra para tener bien pronto una astronave a mí disposición.

—¿Cómo? — preguntó asombrado Roberto.

El mejicano sonrió ferozmente en tanto que extraía un cuchillo que había sacado de algún lugar ignorado por todos.

—Una pequeña coacción, *amigos*. Si quiere conservar la grasa, hará que sus hombres, que ahora andarán pirateando por el espacio, vuelvan a socorrerle.

—De acuerdo. Ahora lo que interesa es saber el lugar en que ha podido esconderse con la muchacha — dijo Roberto.

# CAPÍTULO VIII

Betta retrocedió paso a paso, pugnando por ahogar el alarido de espanto que tenía a flor de labio, mordiéndose los labios, desmesuradamente abiertos los ojos, contemplando aquella pareja de monstruos, de dimensiones muy próximas al metro y que, clavando en ella sus ojos, parecían disfrutar por anticipado del festín que les aguardaba.

La mujer se dio cuenta de que, inconsciente Dokomos, la voluntad de éste había cesado de ser un freno que contuviera los desenfrenados instintos de los cerebros de aquellos seres, animales en todo su aspecto, a excepción del diminuto cráneo y que, en cualquier momento podrían saltar sobre ella para satisfacer así sus ansias de sangre humana. La sola idea de tener que soportar su repelente contacto la horrorizó, poniéndole de punta los pelillos de la nuca.

Hizo lo único que se le ocurrió en aquellos instantes. Dio media vuelta y se aproximó al todavía desmayado Dokomos, sin reparar en el aspecto que ofrecía el hombre, cubierto no solamente con la sangre que le había brotado, sino también con la del arácnido que ella misma había matado, y lo sacudió violentamente:

—¡Dokomos! ¡Dokomos! ¡Despierta, despierta! ¡Por favor! ¡Ayúdeme!

Los gritos de la muchacha, que de vez en cuando echaba una mirada a los hexápodos que, lentos, seguros de sí mismos, avanzaban inexorablemente hacia ella, unidos a las enérgicas sacudidas, obraron sus efectos y, con gran alivio por parte de Betta, Dokomos abrió los ojos, pasándose la mano por la frente.

En un instante se dio cuenta de la situación. Sonrió cínicamente al ver a los animales que, dándose cuenta de que su dueño había recobrado el conocimiento, se detuvieron un segundo, como vacilando.

Dokomos volvió a sonreír:

—Bien; dejando a un lado la cuestión del golpe, de la que más adelante hablaremos, veo que su intento de fuga ha fallado por completo, a pesar de haber logrado matar a su guardián — y pronunciadas estas palabras echó una indiferente mirada por encima de su hombro, sacudiéndose con la mano los restos del horror que

todavía tenía adheridos a la piel. Luego miró a los animales que todavía permanecían inmóviles, gruñéndoles algo completamente ininteligible para la muchacha, ante cuyas palabras los pequeños monstruos se agazaparon, adquiriendo un aspecto de estatua.

—Aguarde un momento aquí. No intente nada. No so moverán los hexápodos si no lo hace usted. Pero al menor movimiento sospechoso saltarán sobre usted, y entonces no respondo de lo que le pueda pasar.

Betta, temblando todavía, se sentó en el borde del diván, con las rodillas muy juntas, la espalda recta, clavando, a su pesar, sus ojos en los de los animales y sintiendo, al cabo de unos segundos, que todo cuanto la rodeaba desaparecía. Durante ese tiempo creyó hallarse en un gigantesco mundo gris, ella sola con los dos custodios que, en su imaginación, producto sin duda de la autosugestión a que inconscientemente se había sometido, excitado su cerebro por los horrores que se había visto obligada a soportar, adquirieron dimensiones terroríficas, hasta parecerle de fabulosos tamaños. Sus dientes le castañetearon, pero no se dio cuenta.

Como tampoco advirtió la llegada de Dokomos que la sacudió fuertemente en el hombro para despertarla de aquella especie de hipnotismo en que había caído. Tuvo que repetir la intimación.

— ¡Eh, despierte, despierte, señorita St. Albans!

—¿Qué...? ¡Oh, qué pesadilla! Creí... — y al ponerse en pie, notando que las piernas la sostenían con dificultad, apreció que los dos engendros continuaban allí.

—Vámonos. Corremos peligro aquí — dijo ceñudo Dokomos.

—¿Peligro? ¿Qué es lo que nos puede ocurrir? — inquirió ella, extrañada.

—Los esclavos se han sublevado y han matado a todos sus guardianes. Hombres y animales. En tanto no regresen tres o cuatro astronaves que tengo en el espacio, no puedo hacer otra cosa que esconderme. En cualquier momento pueden llegar hasta aquí, y si me cogen no doy un centavo por mi pellejo — le aclaró Dokomos.

Pero Betta no se hallaba dispuesta a obedecerle. Dio un paso atrás, sin decir palabra, mostrando claramente con el ademán cuáles eran sus pensamientos sobre el tema. Dokomos se dio cuenta y se echó a reír.

—Bien, bien — dijo—. A su gusto. Pero tenga en cuenta que si yo

me marcho, dejaré en libertad a esos dos animalitos. Recapacite usted sobre lo que más le convenga.

Para hacerle una demostración, Dokomos se dirigió hacia los arácnidos, silbándoles algo, y se frotaron las patas delanteras, en tanto que las expresiones de sus diminutos rostros se animaban notablemente.

Betta dio un salto hacia atrás, al mismo tiempo que exhalaba un gritito de susto, acercándose, sin darse cuenta, en busca de una protección que podía ofrecerle Dokomos, quien, al advertirlo, se echó a reír.

—¿Lo ve usted? Quiera o no quiera, debe venirse conmigo. Y pronto. No puedo perder un segundo.

Betta se preguntó cómo podría moverse aquella enorme mole humana, pero la respuesta la tuvo cuando, acercándose con pesado paso a uno de los muros, oprimió un resorte, abriéndose una puerta, que se cerró tras la pareja.

El pasadizo se iluminó en seguida, y la muchacha se dio cuenta de que era estrecho, pero no de grandes dimensiones, porque apenas habían caminado durante diez minutos, despacio, porque las piernas de Dokomos no le permitían correr, ni mucho menos, desembocaron en otro túnel mucho mayor, éste en completa obscuridad.

A la luz que procedía del pasadizo, Betta pudo advertir un pequeño vehículo, descubierto, con parabrisas, en el cual y con un verdadero suspiro de satisfacción, tomó asiento Dokomos, invitando a hacerlo a la muchacha, quien movió de izquierda a derecha la cabeza, en denegatorio ademán.

—No quieres, ¿eh? — sonrió burlón el hombre—. Le convendría echar un vistazo por encima de sus lindos hombres, que no dudo sean hermosos, a pesar de ir ahora cubiertos.

Extrañada, obedeció. Apenas lo había hecho, se apresuró a sentarse al lado de Dokomos, quien encendió placenteramente un cigarrillo, en tanto que los dos hexápodos se colocaban inmediatamente detrás de ellos, haciendo que Betta se moviera desasosegadamente en su asiento.

—No se preocupe — gruñó él —. En tanto se porte bien, mis amigos no le harán el menor daño — y dicho esto, tras encender la luz de los faros que iluminaron potentemente la obscuridad que había frente a ellos, pisó el acelerador y el cochecillo emprendió una

velocísima marcha.

—No vaya a creer que esto lo hice yo, señorita

St. Albans — murmuró Dokomos —. El interior de Titán está surcado por estos túneles, abiertos quizá millones de años atrás por los antiguos habitantes del satélite, cuando la atmósfera comenzó a hacerse irrespirable para vivir aquí. Debieron alcanzar un grado notable de civilización, a juzgar por los escasos restos que encontramos.

—Péro, ¿y el aire? Si todo el interior del satélite está convertido en una red de túneles, se necesitará una cantidad inmensa de gas para llenar todas las anfractuosidades.

Atento a la conducción del vehículo, Dokomos dobló un recodo a toda velocidad, favorecido por el peralte del suelo.

—Los antiguos moradores de Titán debían conocer bien los problemas del tránsito. Este pavimento es una buena muestra de ello. No — dijo él—. No me ha hecho falta llenar de aire todos los túneles. Una vez que descubrí este escondite tan fantástico, me bastó cegar unos cuantos, para cortar la comunicación con el resto, y así necesité muy poco aire, que por otra parte es continuamente renovado. Tenga en cuenta que en la superficie, y en comunicación con los túneles, tengo varias máquinas transformadoras de los gases, que luego inyectan a gran presión el resultante purificado. No hay miedo de que se estropeen. Están bien construidas y además, cualquier avería sería señalada automáticamente. ¡Ah! Ya estamos llegando. Aquí está mi cuartel general.

Betta se preguntó extrañada en qué consistiría aquel cuartel general, pero pronto tuvo la explicación cuando se detuvo el coche. Siempre con dificultades, se apeó Dokomos, yéndose hacia un trozo de la pared, en el cual había un conmutador, que a la presión de su dedo hizo brotar la luz, haciendo lanzar un grito de asombro a la muchacha.

No se hallaba, como creyera, en el túnel, sino en una amplia estancia. Si bien no era muy, alta de techo, una docena de metros apenas, en cambio era anchísima, casi de un centenar y los bordes de los muros estaban cubiertos de extraños aparatos científicos, cuya utilidad no supo comprender de momento la muchacha. Pero, aunque el lugar, aparentemente estaba desierto flotaba en el ambiente una extraña opresión desagradablemente, sin saber a qué atribuirlo.

Se puso en píe, saltando del coche, procurando poner entre ella y

los hexápodos el mayor espacio posible, acercándose a Dokomos, quien murmuró satisfecho:

—Este lugar es conocido únicamente por mí, y unos cuantos hombres, de cuya lealtad no tengo la menor duda. Aquí...—pero se interrumpió, para decir a continuación—: Mejor será que lo vea con sus propios ojos. Venga conmigo.

Temblando interiormente, presintiendo una serie de horrores como jamás podría imaginarse siquiera, Betta obedeció sin oponer la menor resistencia. Dokomos se acercó a una puerta que había un poco más allá del lugar en que se habían detenido, abriéndola e invitándole, con amplio ademán:

— ¡Por favor...!

Entró la muchacha, recibiendo su primera impresión, que no fue otra que la de hallarse en algo parecido a un gigantesco quirófano o centro de experimentación. Innumerables aparatos, pantallas de radiografía, espectroscopios, armarios llenos de instrumental quirúrgico, larguísimos bancos llenos de probetas con diferentes líquidos, microscopios, en fin, toda la gama de material científico, llenaban aquel lugar, casi tan grande como la estancia que acababan de abandonar. Media docena de hombres, vestidos con blancas batas, iban y venían trabajando afanosos, sin darse cuenta de la presencia de los recién llegados, hasta que Dokomos dio un par de breves palmadas, haciéndolos volverse.

A excepción de uno, todos los demás, después de enterarse de quién era el recién llegado, continuaron su labor, sin extrañarse poco ni mucho por el hecho de ver a una mujer, joven y bonita por añadidura, junto a Dokomos. El hombre que abandonó su tarea, se encaminó hacia ellos, y Betta pudo darse cuenta de que era de mediana edad, vivaces ojillos, ocultos tras gafas de gruesos cristales, pero que no lograban ocultar la expresión de infinito cansancio que en ellos se reflejaba.

—Hola, Dokomos—saludó—. No te esperábamos por aquí.

—Yo tampoco hubiera venido, de no haberme forzado a ello las circunstancias. Pero todos los hexápodos que tenía han sido eliminados por mis esclavos, que se han sublevado y necesitaré más.

—La provisión es abundante — contestó secamente el otro —. Sin embargo, mucho me temo que pronto se nos acabe la materia prima.

—Sí — murmuró pensativo Dokomos—. Tendremos que enviar un

mensaje a Harris para que vuelva pronto y nos traiga material. Los tendremos trabajando una temporada en la mina, y luego, a medida que se vayan gastando, los traeremos aquí.

Betta no comprendió bien el sentido de la conversación que se desarrollaba entre los dos hombres, pero empezó a sospechar que algo horrible se ocultaba en aquel laboratorio, algo inconfesable, sin nombre, y lo supo antes de lo que ella misma esperaba.

—Venga conmigo — sonrió Dokomos —. Quiero que vea mis posesiones — y la tomó de un brazo, a lo que la muchacha no se supo resistir.

Hubo de ponerse las manos en la boca para no gritar. No supo cómo resistió sin desmayarse aquellas visiones, que pensó no hallar siquiera en la desatada fantasía dantesca.

Había varios cuerpos humanos tendidos en sendas camillas y, por el bulto, pues estaban tapados por sábanas, pudo apreciar les faltaban los cráneos, que vio a continuación, perfectamente conservados en grandes frascos, llenos de un líquido verdoso. Pero, con todo y ser una visión de pesadilla, un espectáculo que causaba horror en el ánimo, no era lo peor aquello, sino la siguiente fila de envases que, en larguísimos estantes, cubrían aquel trozo del muro.

El tamaño de los frascos iba decreciendo a medida que, igualmente, disminuía el de las cabezas que contenían y que llegaban a ser, en la menor de las dimensiones, de un par de centímetros, pero con todas las facciones humanas admirablemente conservadas, como si fueran las de unos mitológicos pigmeos. Y en la pared opuesta, siempre guiada por la mano de Dokomos, vio el complemento.

Centenares de cuerpos de hexápodos, también conservados en aquel extraño líquido y desprovistos de la cabeza de su normal constitución morfológica, llenaban aquellas hileras de estantes, donde aguardaban el cráneo humano que les correspondía.

—Estas son las fases iniciales de la transformación de unos seres en otros de mi exclusiva invención —dijo, no sin una nota de orgullo en la voz, aquel diabólico hombre—. Primero viene la cría de los arácnidos, en un lugar que no está aquí, hasta que toman su estado adulto, que es el que usted puede contemplar, de unos veinte centímetros, como máximo. Aquí, en el laboratorio y gracias al doctor Biscayson, eminente biólogo, cuyos inapreciables servicios logré asegurarme, no sin vencer grandes obstáculos, se les desprovee de su cabeza natural, en tanto que en la pared de enfrente, y merced a un

líquido inventado por el doctor, el tamaño de los cráneos humanos se va reduciendo poco a poco, sin que por eso pierdan su vitalidad las células humanas. Prácticamente, el cerebro de esos hombres, a quien yo he arrancado de las garras de la muerte, porque a la larga o a la corta hubieran sucumbido en la mina, se halla en estado de letargo, del que despiertan una vez hecha la conexión con el abdomen de los hexápodos. Luego, comprobado que la operación se ha realizado con toda felicidad, se les lleva a otro departamento, qué yo llamo de reeducación y adaptación, y que luego le enseñaré, donde se habitúan a sus nuevos cuerpos. Debe ser una sensación un poco rara, lo confieso sinceramente, dormirse con la anestesia y despertarse con seis patas, porque hay que suponer que todo ese tiempo lo pasan inconscientemente, pero se acostumbran pronto. Allí tengo personal especializado que les enseña la manera de comportarse, no solamente conmigo, sino para con todos los demás. Al principio hay que andar con mucho cuidado, aunque sus picaduras no son peligrosas, puesto que todavía no han aprendido el medio de seccionar la médula espinal de un solo golpe de aguijón, mas a pesar de todo no es una agradable caricia, sea en el sitio que sea. Pero la hipnopedia da magníficos resultados y en un par de lo que en la Tierra llamaríamos meses, se aprenden .la lección sin que la olviden ya en el resto de su vida, A propósito, doctor Biscayson, me gustaría enseñarle a la señorita S. Albans una operación de las que usted practica tan maravillosamente. ¿No hay ningún cráneo que unir a un hexápodo?

—Sí, señor Dokomos — contestó el interpelado mansamente—. Siempre estarnos haciendo uniones. Si usted lo desea...

—¿Vamos, señorita St. Albans? — sugirió Dokomos, y la muchacha adivino en la nota de voz de su captor que no adelantaría nada con resistirse, por lo que se dejó llevar hasta la próxima mesa de operaciones.

Uno de los médicos trajo un frasco con un arácnido decapitado, inmóvil, insensible por completo. Introdujo el extremo de una goma por la abertura, conducto que iba conectado a una bomba, que aspiró aquel líquido en un santiamén.

—No podemos permitirnos el lujo de desperdiciar el líquido conservador — aclaró Dokomos—. Ahora va a un purificador y luego servirá para otros animales que capturaremos para colocarles sus cráneos humanos.

El médico ayudante sacó con unas grandes pinzas, poniendo una gran delicadeza en ello, el inmóvil cuerpo velludo, que secó con un chorro de aire caliente en unos minutos. Lo colocó luego en la mesa de

operaciones, trayendo a continuación un frasco con una cabeza humana, con la que repitió la misma labor.

Betta no podría asegurar el tiempo que los biólogos invirtieron en la operación. No se enteró de la clase de instrumental que usaron, como asimismo del tiempo que permaneció allí, inmóvil, jadeante, alterada la respiración, fascinada ante el increíble hecho que estaba presenciando. El caso fue que al cabo de un rato, cuya duración no supo explicarse jamás, el doctor Biscayson lanzó un suspiro de alivio. .

— ¡Ya está!—exclamó, visiblemente complacido.

Ante los incrédulos ojos de Betta se desarrolló una espantosa escena. Primero fueron las pilosas patas del animal las que se movieron lentamente. Después fue la recién adherida cabeza la que se irguió medio centímetro, y a continuación, los cerrados párpados se distendieron, dejando ver unos ojillos, aún velados por las nubes de la inconsciencia. Pero, a continuación, el ayudante pasó por delante de la pequeñísima nariz un diminuto algodón empapado en una substancia anestésica y el arácnido semihumano volvió a caer en un profundo sueño.

—Esto lo hacemos para evitar su inmediata reacción. Los primeros operados tenían la mala costumbre de saltar sobre los doctores y causarles graves molestias. En esta primera fase no tienen todavía eliminado su veneno natural, que va desapareciendo poco a poco. Ahora, sígame. Le enseñaré el resto de mis "posesiones" — y Dokomos, que había contemplado la operación, cómodamente sentado en un enorme sillón que uno de los biólogos, obsequiosamente, le habla llevado hasta allí, se levantó con dificultad, caminando hacia uno de los extremos del gigantesco quirófano, acompañado por el jefe de los médicos.

Éste abrió una puerta y Betta, antes de entrar, vaciló. A pesar de que notaba el ligerísimo zumbido de los purificadores de la atmósfera, flotaba en ella un olor penetrantemente dulzón, mareante, y que llegó hasta lo más profundo de la pituitaria de la muchacha, causándole una profunda sensación de náusea.

Afortunadamente para ella ya se iba acostumbrando a aquella ininterrumpida sucesión de horrores, de modo que contempló con cierta indiferencia, esperándose encontrar algo parecido a lo que vio, larguísimas hileras de concavidades de una irregular semiesfericidad, abiertas en la misma roca, repletas de hexápodos en confusa mescolanza de cuerpos y extremidades.

Era una hirviente masa de animales de tamaños que oscilaban entre los quince y veinte centímetros, amontonados en cantidades increíbles, subiendo, bajando, peleándose entre sí, lanzando chillidos que, individualmente, habrían sido apenas perceptibles por los tímpanos humanos, pero que en conjunto, multiplicados por los millares y millares de animales que en aquellos inacabables depósitos había, constituían un solo sonido terrorífico, escalofriante, estremecedor.

—Continuemos, señorita St. Albans. Quiero enseñarle otro de los lugares donde fabrico estos seres, medio humanos, medio arácnidos, y que tan útiles son para mis fines.

Ella procuró marchar por el centro, mirando al frente, conteniendo la respiración durante los pocos minutos que duró la travesía y al fin el túnel, siempre repleto de hexápodos, torciendo en ángulo recto, desembocó en una habitación, de forma absolutamente circular, llena de animales ya completada su transformación definitiva.

Sus cuerpos apenas se agitaban. Sumidos al parecer en profundo sueño, cada uno de ellos estaba encerrado en su celdilla, en tanto que, en tono suave, un invisible altavoz, a intervalos regulares, desgranaba una serie de sonidos, mezclados con abundantes silbidos, absolutamente incomprensibles para la muchacha, cuyos nervios, al fin, se habían acorchado y permanecía como atontada.

—Esta es la fase de crecimiento y educación — dijo complacido Dokomos—. Aquí pasan una buena temporada, alimentándose con un producto que es, prácticamente, sangre humana, si bien no natural, sino hábilmente sintetizada por nuestro eminente biólogo, el doctor Biscayson, en cuyo líquido no falta ninguno de los elementos que componen el líquido vital de los seres humanos. Así, cuando, ya instruidos, imbuida en sus mentes la idea de que yo soy su único amo, conociendo el lenguaje que inventé para mi uso particular, han llegado a su completo desarrollo, son trasladados a mis habitaciones en espera del propietario que llega cuando capturamos en alguna astronave comercial.

Betta pareció despertar de repente, y se encaró con Dokomos:

—Todo esto me parece muy bien. Usted y el doctor Biscayson son dos eminencias. El uno como criminal y el otro como científico. Pero, ¿cuál es mi papel aquí?

Dokomos sonrió aviesamente al contestar:

—Demasiado lo sabe usted, señorita St. Albans. Está destinada, quiéralo o no, a ser mi esposa. Aquí en este refugio secreto, esperaremos a que mi segundo, Harris, vuelva con gente suficiente para dominar los insurrectos. Entonces...

Pero un profundo trueno, un ruido lejano, cuyo volumen fue aumentando a medida que se acercaba, interrumpió las palabras de Dokomos, y las tres personas miraron instintivamente en la dirección del sonido.

## CAPÍTULO IX

—Está bien — dijo O'Hannon—. Hay que buscar a Betta y si de paso podemos echarle el guante al saco ese de tocino que es Dokomos, miel sobre hojuelas. Pero... ¿y cómo?

Roberto miró a su amigo. Tenía razón el irlandés. ¿Cómo? Éste era el acuciante problema que se les planteaba y su resolución era más que difícil. Los esclavos parecían haber remitido en su fiebre de destrucción, y un grupo de ellos, una veintena aproximadamente, se acercaron, corno si trataran de pedir instrucciones. Roberto miró a sus amigos y apreció, con una simple ojeada, que podía contar con ellos. Faltaba explorar el ánimo de los otros veinte. Y para salir de dudas se dirigió a ellos:

—Dokomos, el hombre que nos mantenía esclavizados, ha desaparecido. Es imprescindible dar con él, porque si le atrapamos, conseguiremos evadirnos de Titán. Además, se ha llevado a una mujer con 61. Esa mujer — no quiso clarar la naturaleza de ciertos sentimientos que habían nacido en su pecho hacia Betta, a partir del primer momento en que la conociera — va contra su voluntad. ¿Queréis ayudarme a rescatarla y así, de paso, castigar los crímenes de ese malvado?

Los hombres se miraron unos a otros, como consultándose con la mirada, hasta que al fin, uno de ellos, más decidido que el resto, interpretando el sentir general, habló de un modo que no dejaba lugar a dudas:

—¡Naturalmente! Por lo que a mí respecta, bien desagradecido podría considerarme si no te echara una. mano. Y creo que mis

compañeros piensan corno yo, ¿no es así, muchachos?

Los "muchachos", alguno de los cuales ya peinaba canas, contestaron con una afirmación unánime, acallando el natural griterío Roberto con el simple gesto de levantar ambos brazos:

—¡Un momento, por favor! Vamos a emprender una operación de rescate, pero hay que planearlo todo cuidadosamente. ¿Tenéis alguno de vosotros alguna noción del lugar en dónde puede haberse refugiado Dokomos?

Nadie le contestó, y al cabo de un instante de vacilación, el que primero había hablado, volvió a tomar la palabra:

—Nosotros no lo sabemos. Cuando nos trajeron aquí, nos colocaron inmediatamente uno de esos animales en la espalda y pasamos a la mina, sin tiempo de ver nada...

Pero en aquel preciso instante, un fenomenal alboroto interrumpió al que hablaba. Todos los que componían aquel grupo miraron instintivamente en la dirección de la que provenían los gritos, viendo que de repente, de entre medio de un montón de hombres salía otro corriendo alocadamente. El fugitivo movía las piernas desesperadamente y todo su rostro, así como su cuerpo y ropas, eran una pura máscara de sangre. Los tiros y las piedras volaban hacia él, pareciéndole a Roberto imposible que aquella persona no hubiera muerto ya. Más, a pesar de todo, el pirata, resistía... y seguía corriendo.

Varias veces gritaron:

—¡Matadlo!

—¡Duro con él! ¡Que no se escape!

—¡Linchadlo! ¡No debe quedar uno de estos bandidos con vida!

—¡A él, a él!—eran los gritos más inteligibles y más frecuentes, en medio de las grandes risotadas con que los ex prisioneros celebraban aquella inesperada cacería humana.

Pero un chispazo iluminó la inteligencia de Roberto con luz fulgurante. Aquel hombre podía ser, si lo sabía, su salvación y, sin dudarlo un solo momento más, desafiando la lluvia de proyectiles, se interpuso entre el forajido y quienes trataban de matarlo.

El hombre, agotado, exhausto, cayó, jadeante, sin fuerzas ya para moverse. Un tropel de gente cayó sobre él, más antes que nadie llegó

Roberto:

—¡Quietos! ¡Que nadie toque un solo cabello de este hombre!

—¡Que muera! — gritó alguien—. Durante bastante tiempo hemos sufrido por culpa de gente sin entrañas.

—¡Que purgue su culpa!

—¡Callad! ¡Silencio! —volvió a gritar Roberto, consiguiendo imponerse en esta ocasión—. Nos es necesario el prisionero. Sin él no sabremos el lugar en dónde está Dokomos, y nos pudriremos de por vida en Titán.

Las palabras de Roberto parecieron hacer mella en los exaltados espíritus, y Roberto, comprendiéndolo así, se inclinó sobre el caído, diciéndole:

—¿Quieres vivir?

—Sí... sí — contestó con un miedo abyecto el otro—. ¿Qué... qué es lo que... lo que tengo que hacer...?

Roberto sonrió satisfecho. Aquel miserable hablaría y hablaría hasta soltar cuánto supiera, con tal de salvar su ensangrentado pellejo.

—Nada difícil. ¿Dónde está Dokomos?

El pirata paseó su mirada por el círculo de rostros hostiles que le contemplaban sin ninguna simpatía, y comprendió que sí callaba su fin no podía sor más que uno: la muerte apedreado allí mismo. Por lo tanto, suspirando dijo:

—¿Me prometéis la vida si os lo digo? —Tienes mi palabra — contestó simplemente Roberto.

—Está bien. Veo que no me queda otro remedio. Pero... pero me tendréis que llevar. Casi… casi no tengo fuerzas,

López soltó una carcajada: —Si no es más que eso... — se inclinó sobre el caído, tomándolo como una pluma en sus robustos brazos—. ¡Arriba, pimpollo!

El cautivo les indicó la estancia en donde viviera Betta durante tanto tiempo y que, el jefe de los piratas, en un exceso de galantería, pues era la suya propia, le había cedido.

—Déjeme en el suelo—. pidió el bandido inmediatamente.

López accedió a sus deseos y el hombre se dirigió hacia el lugar en que estaba la pared, oprimiendo un panel de ésta, lo que motivó que la puerta disimulada se abriera, mas apenas había girado 30° grados cuando el granuja, que había aprovechado aquellos momentos para recuperar en parte sus decaídas fuerzas, saltando hacia adelante, volviera a cerrar, dejando a todos chasqueados, atónitos, sin poder creer en lo que acababan de ver.

—¡Ladrón!—gritó cómicamente López, yéndose hacia el muro y oprimiendo en vano el mecanismo de apertura, sin comprender su no funcionamiento, hasta que una sardónica carcajada, llegándoles a través del altavoz que había allí adosado, les hizo comprender el misterio:

—¡Idiotas! ¿Creíais que me iba a tragar vuestro cuento? En cuanto os hubiera descubierto el secreto, me habríais liquidado. Ahora he bloqueado la cerradura y no podréis pasar. Pronto volverán mis compañeros, del espacio, y os reducirán a papilla. ¡Adiós, imbéciles!

—"Si, señor" — comentó melancólicamente el mejicano—. Imbéciles. Ha dado con la palabra exacta,

—Me parece que ese tipo se ha pasado de rosca — gruñó López —. Aguardad aquí un momento. Voy a traer una llave de las que no fallan.

El momento se convirtió en una hora larga, al cabo de cuyo tiempo regresó el cabo, distendiendo el rostro en una amplia sonrisa de satisfacción. Traía un enorme brazado de cartuchos de dinamita. Y colocándolos en el lugar adecuado, dijo:

—¡Animo, Roberto! Pronto caerá la muchacha, rendida de amor, en los fuertes brazos del héroe que la va a salvar del...

—¡Cállate, animal!—rió O'Hannon—. Lo vas a poner colorado.

Pero ya había enrojecido Roberto, quien procuró disimular:

—Me parece que son demasiados cartuchos — objetó.

—No quiero arriesgarme — rezongó López, prendiendo la mecha —. ¡Fuera de aquí!

Se atropellaron todos por salir, y los últimos, aun a pesar de haberse alejado cien metros del Jugar de la explosión, fueron derribados hacia adelante, por la violencia de la onda.

La puerta había saltado hecha astillas, y López tenía razón. Un

solo cartucho no la hubiera conmovido lo más mínimo, pero la media docena que había empleado, habían causado demoledores efectos, destrozando por completo la habitación. Pero Roberto no se fijó en ello. Sin encomendarse a nadie iba a meterse ya por el obscuro túnel, cuando Follingher le detuvo por un brazo:

—¿Con qué piensa usted alumbrarse? ¿Con cerillas, acaso?

—Tiene razón, teniente—dijo Roberto, con amargura—. Pero, ¿qué podemos hacer?

—Si no hay antorchas eléctricas, no dejaremos de fabricar otras que las substituyan — dijo Follingher enérgicamente—. ¡Manos a 1a obra!

Les llevó algo de tiempo, pero al fin lograron construir unas primitivas lámparas, aprovechando para ello unas latas vacías y parte del combustible de las excavadoras, y cuando estuvieron listos, Roberto, con sus cuatro amigos y los quince o veinte hombres que habían prometido ayudarles, comenzaron a adentrarse por el túnel.

Caminaron hasta encontrar el transversal, por el que siguieron. No dejó Roberto de extrañarse del suelo absolutamente liso, pero apenas habían recorrido quinientos metros, cuando, conducidos los ecos por el magnífico tubo acústico que era aquel tubo excavado en la roca viva, les llegó el rumor de unos disparos.

—¿Qué pasará? — preguntó.

Los disparos continuaron durante largo rato. A pesar de la distancia, el túnel tenía excelentes condiciones para transmitir el sonido, y junto con el fragor de los disparos les llegó el eco de algunos débiles, a causa de la distancia, gritos de agonía,

— ¡Habrán regresado los piratas de alguna de sus expediciones?

Es muy probable — le respondió O'Hannon —. No creo que los prisioneros se hayan liado entre sí a tiros. Por lo único que podían pelearse hubiera sido por una astronave para escapar y no las hay ahora en Titán.

—No podemos seguir avanzando, sí tenemos ese peligro a la espalda. Debemos atacarlos y eliminarlos — sugirió Roberto, mirando en torno suyo a la escasa luz de las rústicas lámparas—. Veo que, entre todos llevamos diez pistolas ametralladoras. Aunque hayan desembarcado todas las tripulaciones de las naves, en junto no pueden ser más allá de cincuenta hombres, puesto que Dokomos se quejaba de

que andaba escaso de aparatos. Creo que, con un poco de suerte y decisión, pedemos eliminar ese peligro. ¿Qué os parece?

—¿A qué esperamos?—gritó López—. ¡Vamos allá!

Roberto pensó con escalofrío en lo que podía ocurrirles si una chispa desprendida de las luces caía en alguno de los numerosos cartuchos que llevaba su cabo, pero corrió con todos. Era un riesgo por el que había que pasar.

Tardaron un cuarto de hora en desandar el camino, apareciendo de nuevo en la devastada cámara. Roberto llevaba una pistola ametralladora que le había cedido gustosamente Kyrilon y, al salir de la habitación, se dio de manos a boca con un pirata armado que se quedó enormemente sorprendido al encontrarse con unos hombres cuya presencia, a buen seguro, no esperaba.

Roberto alzó el arma, disponiéndose a fulminar al forajido, pero de repente en el pecho de éste apareció el mando de un cuchillo. Un estertor agónico brotó de la garganta del pirata, quien, abriendo los brazos y soltando el arma que empuñaba, se vino hacia adelante, quedándose inmóvil.

—Así es mejor — río quedamente el mejicano—. No se arma ningún ruido.

Se inclinó sobre el muerto, volviéndolo, y le quitó el arma, que volvió a guardar. Cogió la pistola ametralladora, con los tambores de repuesto, alargándosela a Follingher, que la tomó con viva complacencia.

—¿Dónde se habrán metido? — cuchicheó O'Hannon al oído de su amigo—. No se ve ninguno por aquí.

Era cierto, Aquella enorme plaza subterránea estaba absolutamente desierta, pero Roberto sospechó Io ocurrido:

—Habrán apresado a los que liberamos nosotros, encerrándolos en las celdas que nos servían de dormitorio. Seguro que está allí el grueso de la fuerza. Vamos hacia allá, procurando no hacer ningún ruido.

Caminaron en silencio, atravesando la gran rotonda y metiéndose por el túnel que daba a las cámaras de reposo de los esclavos. Las primeras de éstas se hallaban vacías, pero el tubo era largo y sinuoso y los primeros rumores de conversaciones se dejaron escuchar bien pronto.

De repente alguien corrió de la retaguardia a la cabeza, advirtiendo a Roberto:

—Alguien viene detrás de nosotros.

— ¡Vivo! Escondeos todos en las celdas. Procurad no haceros visibles. López, O'Hannon, Follingher, Fernández, vosotros conmigo.

A tiempo se guarecieron, porque apenas se habían refugiado cuando media docena de hombres, con las manos detrás de la nuca y una expresión de amarga desesperación pintada en sus rostros, aparecieron por la boca del túnel, custodiados por dos piratas que llevaban las ametralladoras pendientes de la correa que les rodeaba el hombro. Sendos índices curvados sobre los gatillos mostraban bien a las claras cuál podía ser la suerte de aquellos desgraciados sin intentaban la más que problemática evasión.

El grupo de prisioneros y custodios pasó por delante de la puerta en que se encontraba Roberto con sus amigos y, apenas les habían rebasado, cuando, de puntillas, salieron detrás de los piratas.

La mano izquierda del mejicano rodeó la boca de uno de ellos, en tanto que la derecha trazaba un siniestro semicírculo en el aire.

Un horrible gorgoteo se dejó oír procedente de la garganta seccionada casi totalmente. El hombre se mantuvo en pie un instante, un dramático instante, tratando de contener, mas en vano, el arroyo de sangre que le salía de la cortada yugular, pero acabó por caer, ayudado por el pie de Fernández que, sin ninguna compasión, le empujó por la espalda.

Entretanto, Roberto se había abalanzado sobre el otro pirata que se apercibió instintivamente que alguien se hallaba detrás de él, y quiso volverse, al mismo tiempo que se descolgaba el fusil ametrallador.

Roberto trató de echar mano al arma, pero se vio bruscamente apartado a un lado, al mismo tiempo que oía una voz:

—¡Ese hombre es para mí!

La pistola ametralladora voló arrancada de las manos del pirata para ser inmediatamente descargada contra su cráneo por los fuertes brazos de López, que era quien había apartado a Roberto. Los huesos de la cabeza del forajido cedieron, con crujido siniestro, y sin lanzar un grito, como si fuera un saco que hubiera perdido instantáneamente su contenido, el hombre se derrumbó al suelo.

Pero si Roberto y sus compañeros habían obrado en absoluto silencio, no pudieron evitar que los prisioneros, liberados tan inesperadamente, gritaran de júbilo.

— ¡Silencio! ¡Callad!—ordenó Roberto, pero el mal ya estaba hecho. La alarma había sido dada y al otro extremo del corredor comenzaron a oírse voces.

¡Malditos! — gruñó López —. No sé por qué nos hemos molestado... ¡Cuidado!—gritó viendo aparecer a veinticinco metros media docena de piratas que acudían a investigar la causa de aquellos gritos.

Roberto se plantó en medio del tubo. Sin echarseal hombro el fusil ametrallador, apoyándolo en cadera, oprimió el gatillo y el arma tronó estrepitosamente.

Movido en abanico, despidió un río de balas que atravesaron los cuerpos de aquellos bandidos, antes de que tuvieran tiempo siquiera de reaccionar. Cayeron al suelo, revueltos, confundidos en trágicas, al par que grotescas, posturas, unos encima de otros, pero el mal estaba hecho ya, y más voces de piratas se oyeron al fondo del corredor.

Todo el que no tenía armas procuró refugiarse en las celdas, en tanto que algunos de los esclavos inermes, audaces, desafiando el peligro, corrieron hacia los cadáveres de los piratas, tomando sus armas y abriendo una cortina de mortífero fuego que, durante unos minutos, barrió el amplio túnel deteniendo el avance de los enemigos, mas al fin, superiores éstos, la fuerza del número se hizo sentir y, a costa de dejarse tres de ellos allí, encima de los anteriores cadáveres, el resto se replegó, sin abandonar las armas que habían pertenecido a sus compañeros muertos.

Un grupo de piratas apareció súbitamente, mas en el mismo momento López gritaba:

—¡Al suelo! ¡Cuidado con la dinamita!

Todos sus compañeros atendieron el aviso.

Uno, dos, tres cartuchos, despidiendo chispas por las mechas encendidas, describieron rojizas parábolas por el aire. Cayeron al suelo, para desaparecer al instante en medio de un deslumbrante fogonazo, seguido por una nube de humo, la que, al disiparse, dejó ver un espantoso espectáculo de cuerpos despedazados y sangrantes.

Pasó como un huracán de fuego la bocanada de aire desplazado

por la deflagración de los gases, e inmediatamente Roberto se levantó, animando a sus hombres:

—¡Vamos! ¡No perdamos tiempo! ¡Hay que acabar con todos!

Corrieron hacia allá, pero ya los piratas, pasada la primera sorpresa, habían reorganizado sus filas y, desde cien metros de distancia, hacían un fuego mortífero, que causó numerosas bajas entre los compañeros de Roberto, quien, arrodillado, disparaba frenéticamente contra los forajidos, que también empezaban a perder hombres en cantidad.

Un aullido de agonía resonó a su lado. Kyrilon, el valiente griego, se puso en pie, apretándose la herida que acababa de recibir en el pecho con ambas manos, pero una descarga cerrada acabó con él. Los proyectiles lo empujaron hacia la pared, contra la que quiso apoyarse, sin lograr otra cosa que dejar la impronta deslizante de sus ensangrentados dedos. Murmuró algo ininteligible, en su propio idioma, y cayó al suelo.

A Roberto le cegó la rabia. Aunque hacía poco que conocía al griego había llegado a apreciarle y acababa de verle morir ante sus ojos. Había escuchado sus últimas palabras, en el idioma que aprendiera de los labios de su madre, revertido quizá, en las cortísimas nieblas de la agonía, a una niñez feliz, una niñez que trajo un hombre que acababa de morir oscuramente en un distante mundo, alejado centenares de millones de kilómetros de la patria que le viera nacer. Y el sentimiento de furia que le invadiera, le hizo perder toda noción de precaución.

Frenéticamente recargó el arma y, despreciando los proyectiles que parecían respetarle, avanzó cara a los piratas, disparando el arma, causando entre las filas de sus enemigos verdaderos estragos, sin oír nada, sin ver los fogonazos de las armas contrarias. Pero súbitamente algo estalló dentro de su cabeza y notó que el suelo subía rápidamente a su encuentro.

# CAPÍTULO X

—¿Qué es eso? — preguntó Dokomos, mirando en la dirección en que había venido el sonido de la explosión. Pero el doctor Biscayson se encogió de hombros, indiferentemente, como indicando que aquello no le importaba nada.

—¡Vamos! —ordenó secamente Dokomos, echando a andar, mas si su voluntad le animaba, sus fuerzas no le respondían y su cuerpo estaba fatigado por aquel ejercicio al cual, se veía claramente, no estaba acostumbrado. De modo que le costó bastante tiempo el llegar al quirófano, en el cual, y como si no hubiera ocurrido nada, los otros biólogos continuaban sus trabajos, empalmando cabezas humanas con cuerpos de aracnoides.

Dokomos conocía bien aquello, porque se fue directamente hacia el lugar en que había un intercomunicador, dotado de pantalla televisora. Lo conectó, llamando frenéticamente:

—¡Atención, atención! Habla el jefe supremo de los piratas del espacio. Quiero hablar con el comandante de la guardia. ¡Atención, comandante de la guardia! ¡Respóndame! ¿Me oye? ¡Se lo ordeno! ¡¡Respóndame!!

El tono de la voz de Dokomos había perdido buena parte de su firmeza y a Betta le pareció advertir algo de patetismo en su inútil llamada, inútil porque ningún rostro se reflejó en la pantalla, en la que únicamente se veía la estancia de la guardia, completamente vacía.

El deforme jefe de los piratas se secó el sudor que ya empezaba a correrle por el amplio rostro y, perdiendo súbitamente las fuerzas se dejó caer en un sillón, murmurando para sí incoherentes palabras. Betta se dio cuenta de las burlonas miradas, entreveradas con una pizca de compasión que le dirigía el doctor Biscayson.

—Vamos — dijo al fin éste—: Usted montó todo este tinglado. Ahora empiezan a fallar algunos pilares. Veamos cómo se las arregla para salir indemne.

Dokomos lo miró con ausente expresión, murmurando:

—Si estuviera aquí Harris…

Pero no fue Harris el que al cabo de un rato penetró en el

laboratorio, en el cual todo el mundo estaba ya trabajando, con excepción de Betta que sabiendo que la huida era imposible, puesto que se hallaba vigilada por los dos hexápodos, había buscado un lugar donde reposar un poco, procurando no mirar en la dirección en la que, impasibles a todo lo que no fuera su inhumana tarea, el doctor Biscayson con sus ayudantes continuaba creando más vestiglos como aquellos que se encontraban a un par de metros de Betta. No fue Harris sino el pirata que dejara aislados a Roberto y sus amigos quien, sangrante, con las ropas destrozadas, jadeante, sin aliento, irrumpió violentamente en la estancia, cayendo a los pies de Dokomos que, al verlo, se irguió cuanto pudo en su sillón:

— ¡Habla, perro! ¿Qué ha pasado? ¿A qué se debe el ruido de la explosión.

El hombre, con entrecortadas frases, contó todo lo ocurrido y Dokomos, dándose cuenta de que el imperio que había pretendido crear comenzaba a desvanecérsele, se derrumbó hacia atrás en el sillón, permaneciendo así unos momentos, hasta que reaccionó.

—Ayúdame, imbécil— masculló —, No sé cómo no te he matado. Tengo que preparar una trampa por si a esa pandilla de rebeldes se les ocurre venir aquí. ¡Vamos!

Betta se alegró de que Dokomos se olvidara de ella cuando desapareció en dirección al lugar donde guardaba los miles y miles de hexápodos que constituían su reserva de animales, pero no pudo evitar el contemplar a sus guardianes que permanecían inmóviles, fijos sus ojillos en los de ella, con una mueca irónica en sus diminutos rostros humanos.

La muchacha se dio cuenta de que la estaban hipnotizando. Quiso resistirse, pero ya era tarde. Las mentes de los animales, al unísono, habían lanzado sus ondas cerebrales, apoderándose de los resortes de su inteligencia, de tal modo que, como en otra ocasión anterior, todo cuanto la rodeaba desapareció de su vista, quedando únicamente las caras de aquellas cabecitas que, por un extraño fenómeno, le parecieron de tamaño natural.

De repente sintió que la llamaban y, a pesar de las ligaduras mentales, enderezó su esbelto cuerpo en el sillón.

— ¡Betta! ¡Betta!—oyó, pero no percibió el sonido.

La llamada se repitió de nuevo y, haciendo un poderoso esfuerzo de su voluntad, advirtió que los labios de uno de aquellos seres se movían ligeramente.

—Somos nosotros, los hexápodos. Queremos librarte. No contestes con la voz. Piensa únicamente las respuestas. Nosotros las captaremos.

Volvió a esforzarse la muchacha, haciendo lo que le pedían. Inquirió:

—¿Quién sois? ¿Qué es lo que queréis de mí?

—Escucha. Betta. En tiempos, éste y yo fuimos personas normales. Íbamos en una astronave de transporte y los hombres de Dokomos nos capturaron después de matar a todo el que se resistió. Nos trajeron a las minas de *pechblenda* y, cuando vieron que ya no servíamos para sus fines, nos trajeron aquí. Un buen día nos despertamos hallándonos con estos cuerpos. Hasta ahora no nos hemos atrevido a rebelarnos contra Dokomos, pues su mente es todavía mucho más poderosa que la nuestra, pero ya ha comenzado a flaquear. No queremos que siga cometiendo más crímenes,

—¿Qué es lo que pensáis hacer?

—Lo primero, matar a estas fieras que nos convirtieron en lo que somos actualmente. Embriagados por su frenesí científico, no han dudado en transformarnos en seres abominables. Muertos ellos, Dokomos sufrirá otro rudo golpe del que le será difícil, si no imposible, reponerse.

—¿No habrá peligro de que Dokomos se dé cuenta de lo que pensáis hacer?

—No. Está ahora demasiado ocupado para pensar en nosotros, Betta. Esta es nuestra oportunidad. Nosotros estamos condenados, pero no queremos que estos desalmados continúen engendrando monstruos como nosotros.

—Quizá ellos están obligados, forzados por Dokomos.

—Es igual. Sea lo que sea, deben morir.

Betta dudó entre avisarlos o dejar que los aracnoides cumplieran aquella sentencia que acababan de dictar, pero el que, telepáticamente, hablaba con ella, se dio cuenta perfectamente de las dudas que acababan de surgir en el ánimo de la muchacha.

—No los avises —le advirtió—. Si tal hicieras, tú serías la primera en morir. ¿Vamos?

Apenas pronunciadas estas palabras, Betta sintió que el nexo

mental de unión con los cerebros de los aracnoides quedaba roto. Volvieron los rostros de éstos a recobrar sus normales proporciones, las correspondientes al tamaño del animal cuyo cuerpo usufructuaban, y se dio perfecta cuenta de que se preparaban para el ataque.

Los médicos estaban vueltos de espaldas a ellos, sin preocuparse poco ni mucho de su presencia, harto acostumbrados por otra parte, a ver seres de aquella calaña, por lo que no pudieron enterarse de sus intenciones, hasta que fue demasiado tarde para poder hacerlo.

El primero de los hexápodos saltó sobre el médico que tenia más cerca, al mismo tiempo que Betta, sin poderlo evitar, lanzaba un angustioso chillido que puso a los demás sobre aviso.

Horrorizada vio la muchacha la espantosa lucha que comenzó a desarrollarse. Los hexápodos se movían con fulmínea rapidez y el primer biólogo, seccionada la columna vertebral por un certero golpe del durísimo aguijón, cayó fulminado, sin tiempo de gritar siquiera.

El segundo animal saltó sobre otro de los doctores, en el mismo instante que la atmósfera del quirófano se conmovía con el alarido de Betta. Fallido el intento de ataque del aracnoide, trepó éste por el pecho del hombre, ocultándole por completo con su enorme masa peluda y, aunque el atacado intentó defenderse en vano, asiendo al animal, éste movió el aguijón en sentido lateral.

Puesto que lo tenía apoyado en el cuello, con habilidad sobrehumana, el resultado no podía ser más que uno. Todas las venas y arterias de aquella parte del organismo quedaron rotas en una fracción de segundo, en tanto que de la diminuta garganta del hexápodo brotaba un grito de alegría.

Se soltó del cuerpo del segundo médico que cayó al suelo, pataleando espantosamente en medio de su propia sangre, pero se dejó una extremidad en las convulsas manos del agonizante, lo cual no fue obstáculo para que continuara sus ataques.

Usando todo cuanto tenían a mano como proyectiles, los biólogos se dedicaron a defenderse a ultranza, convirtiendo aquel pulido laboratorio en una ruina. Gritos y aullidos de pavor se escuchaban por doquier, pero no duró mucho la batalla. Los esfuerzos de los dos aracnoides estaban aunados, en tanto que los científicos tiraban cada uno por su lado, procurando salvarse de los centelleantes ataques de los monstruos quienes, apesar de haber perdido alguno de sus miembros, continuaban degollando con su aguijón a los doctores, hasta que al fin no quedó en pie más que el doctor Biscayson.

Pero la victoria de los hexápodos había sido una victoria pírrica. Habían vencido, sí, pero a costa de sus vidas y, semidestrozados, arrastrándose sobre las pocas patas que les quedaban, caminaron dejando tras sí ancho reguero de sangre, hacia el lugar en que Betta había contemplado la espantosa lucha, metiéndose los puños en la boca para no gritar de pavor.

El que sostuviera la conversación telepática con ella, la miró con infinita expresión de dolor y tristeza en sus ojos:

—Hemos podido llevar a buen fin la empresa, pero me parece que Dokomos ya no cometerá más crímenes de esta índole. Esto ha sido... ha sido... el principio... de su... fin...

Y apenas había emitido estas palabras, que Betta percibió claramente en su cerebro, cuando rodó por el suelo, al lado de su compañero que apenas se movía ya, y entonces fue cuando la muchacha reaccionó vivamente levantándose, echando a correr hacia la salida del quirófano, completamente destrozado.

Pero alguien se la anticipó. Tres o cuatro animales de aquellos que en adivinable actitud se le pusieron delante, alzando el par de sus patas delanteras y moviéndolas amenazadoramente, al mismo tiempo que sus ojillos despedían siniestros fulgores.

Betta se retorció las manos desesperadamente. Creía haber hallado la salvación y de repente se veía perdida de nuevo. Oyó a sus espaldas la risa burlona de Dokomos, mas de repente ocurrió lo increíble. Lo que menos podía ella esperarse.

Un hombre, armado con una pistola ametralladora, hizo su brusca aparición en la puerta, dándose cuenta al instante de la situación de la mujer.

Tableteó el arma, despidiendo rojizas llamaradas, destrozando las balas los cuerpos de les aracnoides, que saltaron en sanguinolentos trozos. Y entonces fue cuando Betta abrió desmesuradamente los ojos al reconocer aquel hombre a quien jamás hubiera sospechado ver en aquel perdido rincón del Universo.

—¡Tú! ¡Tú aquí! Pero...

Albert McKorrigan inclinó la cabeza, oyéndose entonces la sarcàstica voz de Dokomos:

—¡Vaya! Al parecer veo que os conocéis. ¿Cómo es eso?

Reaccionó McKorrigan:

—Dokomos, esta mujer es mi esposa.

—¿Tú…? — rió Dokomos—: Vamos, vamos, no me hagas reír, Harris. Creo que el espectáculo de una mujer bonita e indefensa te ha alterado la mente. No…

—¡Calla!—gritó McKorrigan exasperado—: Me casé con ella cuando estuve en la Tierra reclutando tripulaciones para tus astronaves. No pude evitarlo y por eso lo mantuve en secreto. Pero como la hayas tocado uno solo de sus cabellos…

—No te preocupes, Harris, o McKorrigan. Puedes estar tranquilo con respecto a tu esposa. Ahora lo que importa es continuar con nuestro acuerdo; Hemos sufrido duros golpes, pero todavía podemos rehacernos.

—¡No! No quiero ya ningún trato contigo, Dokomos. Es cierto que me tentó en un tiempo la ambición del dinero, pero ahora no quiero seguir cometiendo más crímenes…

Se echó a reír el obeso personaje, detrás del cual se hallaban el doctor Biscayson y el otro pirata, interrumpiéndole:

—¡Miren ahora el puritano! Después de que te has hartado de asesinar pasajeros y traer cautivos para nuestras minas de *pechblenda*, ahora me vas a decir que sientes escrúpulos de conciencia…

—¡Calla ya! —volvió a gritar McKorrigan—: No quiero que sigas hablando.

—No, ¿eh? No te conviene que tu angelical esposa se entere de que es la mujer de un criminal, ¿verdad? No seas infeliz. Hemos permanecido unidos desde el comienzo de nuestra empresa, desde hace más do quince años y o salimos adelante o nos hundimos con ella.

Rechinaron de rabia los dientes de McKorrigan:

—¡Tú eres el único que te irás al infier…! ¡Ah…!

Al mismo tiempo que hablaba había alzado el arma, pero Dokomos se le anticipó, sacando una diminuta pistola de sus flotantes ropajes. Había previsto la reacción de McKorrigan y le ganó la mano, haciendo ladrar su arma, que envió unos cuantos proyectiles al pecho de éste, derribándolo al suelo.

Pero al mismo tiempo el arma de McKorrigan dejó escapar una serie de disparos que, dirigidos al azar, si bien no hicieron blanco en

ninguno de los tres hombres, sí en cambio dieron en determinado lugar de la pared que sé hallaba a sus espaldas.

Dokomos sonrió satisfecho:

—Es un valioso auxiliar el que pierdo, pero ¡qué le vamos a hacer! —y se inclinó burlonamente delante del agonizante, que le contemplaba con ojos ya vidriados por la muerte próxima—. ¡Hasta la vista, Harris!

Betta contempló con infinita compasión el cuerpo inerte del que había sido su marido, descifrando así el misterio que había envuelto su desaparición, pero en aquel momento se oyó un sordo rumor procedente del otro túnel donde el doctor Biscayson guardaba los arácnidos, antes de hacerles la conexión con los cráneos reducidos de tamaño.

Todos se volvieron hacia allí, a tiempo de ver algo horroroso, verdaderamente espeluznante.

Las balas disparadas por McKorrigan, en su agonía, habían impactado en el mecanismo de apertura de las jaulas que guardaban los hexápodos y éstos, liberados de su encierro, habían saltado al suelo y se lanzaron hacia adelante.

—¡Vienen hacia aquí!—gritó el pirata, con un trémolo de pavor en la voz—: ¡A miles!

Era cierto. Ennegrecido literalmente el suelo, trepando por todas partes, sillas, mesas, banquetas, instrumentos, las arañas de seis patas, por decenas, por centenares, por millares, avanzaban en incontenible marea que llevaba la muerte consigo.

Una sola picadura de su aguijón no era necesariamente mortal si se acudía a tiempo, pero media docena de ellas mataban a un hombre en contados minutos y todos lo comprendieron así, porque echaron a correr.

Sin embargo, Dokomos comprendió que no podría escaparse y llamó desesperadamente:

—¡Por favor! ¡Por el amor de Dios! ¡Ayudadme a salvarme! Os llenaré de oro, de joyas, lo que me pidáis…

Se interrumpió, para apartarse alguno de aquellos asquerosos animales que ya le trepaban por las piernas, pero, dándose cuenta de que no podría librarse de la más espantosa de las muertes, volvió a sacar su pistola y disparó.

La bala alcanzó al pirata en una pierna, partiéndosela y el hombre cayó, lanzando horrorosos gritos de agonía, viendo que oleadas enormes de hexápodos caían sobre él. El médico también fue alcanzado por otro proyectil, pero tuvo más suerte: le entró por la nuca, matándolo instantáneamente y evitándole así horribles sufrimientos.

Betta se detuvo en la puerta, y no pudo evitar el contemplar el horrible espectáculo que ofrecía Dokomos, cubierto materialmente de arácnidos que saciaban en él su furia, inyectándole su veneno con los aguijones. Durante una décima de segundo logró apartarse los que tenía en el rostro y la muchacha lo vio negro, azulado, espantosamente desfigurado. Mas Dokomos no duró mucho tiempo en pie. Cayó y fue inmediatamente sepultado por un alud de animales.

Los chillidos de agonía del jefe de los piratas la persiguieron durante largo rato. Corrió desesperada, frenéticamente, a lo largo del túnel, volviéndose de vez en cuando, viendo que masas enormes de animales avanzaban rápidamente, ganándola terreno poco a poco, precedidos por aquel nauseabundo olor característico de ellos.

Corrió hasta que las sienes estuvieron a punto de reventarla, y al fin, rota, exhausta, incapaz de sostenerse en pie, resignada ya a su suerte, se dejó caer al suelo.

Mas un segundo después un par de fuertes brazos la alzaron del pavimento. Abrió 'os ojos y escuchó una voz conocida:

—No tema, señorita St. Albans. Estamos aquí — era Roberto Salinas, con la cabeza vendada, quien la estaba hablando.

Entonces la ocurrió algo raro. Pues empezó a reír y llorar, todo al mismo tiempo, mientras que su cuerpo era sacudido por histéricas convulsiones. Como en sueños oyó una serie de estrepitosas detonaciones, mezcladas con pintorescas exclamaciones de júbilo, pronunciadas en español, y sintió que era llevada hacia la salvación. Pasados aquellos momentos de excitación, una dulce paz la invadió, un reparador sentimiento de alivio se apoderó de su espíritu y cerró los ojos, rodeando el cuello de su salvador con sus brazos.

* * *

Apenas era ya visible la cicatriz de la sien de Roberto cuando llamó a la puerta de la mansión de los St. Albans. Un ceremonioso mayordomo — allí no parecían pasar los siglos—, le acompañó hasta la biblioteca, en la cual hizo irrupción la muchacha, bellísima como

nunca, haciendo palpitar aceleradamente el corazón de Roberto, quien procuró contener sus sentimientos. El, licenciado ya de la Legión Sideral, era solamente un pobre diablo, sin oficio ni beneficio. Un piloto expulsado no hallaría jamás el trabajo para el cual había perdido largos años de su vida. Y a quien ha conducido una astronave es muy difícil anclarle en tierra.

Betta alargó sus dos manos a Roberto, sonriéndole luminosamente:

—¿Cómo está, amigo mío?

El hombre la contempló embobado, pero ante la sonrisa de ella reaccionó:

—Ejem... Bien, bien, gracias, señorita. Venía... es decir... me he licenciado y... Bueno, el caso es que me sobraron algunos dineros y... y se me ocurrió darme un... una vuelta por aquí...

Betta, sin soltar las manos, lo miró fijamente, como reprochándole algo:

—¿Por qué no contestó mis cartas, Roberto?

Inclinó éste la cabeza, frotando uno de los pies contra el suelo.

—¿Qué podía contestarla, señorita St. Albans? Soy un pobre diablo nada más y...

—Roberto — ahora se le aproximó ella más todavía, embriagándolo con su luminosa mirada—: Usted me hizo un gran favor. Me salvó la vida.

—¡Bah! Eso no tiene importancia.

—Pero eso no es todo. Usted destruyó la banda de piratas que asolaban los espacios y que, con el tiempo hubieran interrumpido todo comercio sideral. Mi padre tiene fuertes intereses, prácticamente es el dueño de una de las más importantes empresas de esta índole. Por lo tanto, también en este sentido nos hizo un favor inestimable. Además, destruidos los arácnidos de Titán, privados del aire respiratale de los subterráneos, gracias a su maravillosa idea de paralizar las máquinas purificadoras durante una temporada, aquel satélite será una espléndida estación de paso para las astronaves, así como un inmenso depósito de mercancías.

—Bien, y ¿qué tengo yo que ver con todo eso?

—Mi padre piensa hacer que se reorganice la compañía de transportes espacial. Hay una plaza vacante: la de jefe de personal.

—Habrá muchos candidatos a ella — murmuró Roberto.

—Solamente uno — respondió ella picarescamente—: Mi marido.

El hombre no pudo evitar un suspiro:

—¡Afortunado mortal!

—¿Tú crees? — y en los ojos de Betta adivinó Roberto toda la verdad, pero, temblando, no se atrevió a hablar, por lo que ella continuó—: El que se case conmigo tendrá esa plaza. No quiero que mi marido pasé los años perdido por el Universo. No quiero que te vayas, Roberto. Quiero tenerte a mi lado. Siempre. Siempre — murmuró, apoyándose, al fin, en el pecho del amado, notando con infinito gozo cómo era rodeado su talle por los brazos de Roberto.

—¿Quie... quieres que sea... que sea yo... ese... ese jefe de personal? — tartamudeó, no creyendo todavía Roberto en cuanto acababa de oír.

Ella alzó sus ojos, húmedos por las lágrimas de la felicidad:

—Quiero que seas mi marido, amor mío.

FIN